

La mujer de jade y otros cuentos

Vick Medina



[primera piedra]

- © Víctor Hugo Medina Márquez
 - © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
 - © Secretaría de Cultura
 - © Secretaría de Cultura de Coahuila
- Juárez 319, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Correo electrónico: premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán
Diseño editorial: www.amonite.com.mx

ISBN Colección: En trámite
ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Diciembre, 2019

Este libro es de distribución gratuita y sin fines de lucro.

Resonancias

La noche del cumpleaños cuarenta y cinco

Una fuerza hipnótica te obliga a entrar a ese bar. Recuerdas que un compañero de la oficina lo recomienda con persistencia.

El lugar es algo fastuoso: las mesas de mármol, las paredes con piedra de cantera, los cuadros de corte renacentista. Todo parece falso, ficticio, pero lo toleras porque vienes a celebrar. Hay dos motivos. Cumple cuarenta y cinco años. La edad te inquieta porque sientes la vejez un tanto próxima. Mejor piensas en la mención honorífica del concurso de novela que acabas de recibir. Ganaste el reconocimiento con la narración casi autobiográfica de un hombre que se desvive por el afecto de su hija. Por ilación de pensamientos, recuerdas a Nancy. ¿Dónde estará? ¿Qué estará haciendo? Sientes el poderoso deseo de llamarla, pero no lo haces. Rememoras sus palabras: “Papá, no me llames en fin de semana, siempre estoy ocupada o de fiesta con mis amigos”.

Las palabras aún duelen, pero el dolor es suspendido cuando una mesera gorda y dientona te pregunta si quieres ordenar. Deseas un vaso de whisky, pero pides lo de siempre: una Tecate light.

Paseas la vista por el bar y de nuevo te invade la sensación de ser un extranjero, como si no encajaras. Hubiera sido bueno invitar a un amigo, pero ya no tienes. Piensas en Daniela, sin embargo, a ella no quieres llamarla. El divorcio de hace diez años fue un acierto.

Sientes una mirada sobre ti y, en efecto, tres mujeres te ven fijamente. Centras la atención en la fémina de piel clara y ojos oscuros. ¿Por qué ella resalta sobre las demás? Descubres que posee una sonrisa misteriosa, de mona Lisa, como si guardara un secreto. La canción de Joaquín Sabina te distrae, la cantas en la

mente: “Voy a salir esta noche contigo,/ se quedarán sin beatas las catedrales/ y seremos dos gatos al abrigo de los portales”.

Observas de nuevo a la mujer de la sonrisa misteriosa. Pero ella o, mejor dicho, ellas te observan.

Sus miradas no cesan. Te escrutan hagas lo que hagas. “Es un error, dices, deben ver a alguien más”. Vuelves la cabeza hacia atrás pero no hay nadie, sólo la pared. Ahora eres un cuerpo nervioso. Tus movimientos son mecánicos, como si pensaras antes de ejecutar alguno. Clavas la mirada en los ojos de la mujer de la sonrisa de mona Lisa. Son miradas furtivas, de seducción y lo sabes porque conoces el juego del cortejo, del coqueteo. Piensas en ir a su mesa e invitarla un trago. Lo has hecho en el pasado, en la universidad, antes de abandonar los estudios, para escribir y ganar algunos premios. Sí, sí escribiste. Jamás has ganado algún premio, bueno, está lo de la mención, pero... pero intentas calcular la edad de las mujeres. Veinte o tal vez veintiuno. De nuevo tus épocas de Don Juan te pasan por la mente. Adquieres valor. Llamas al mesero para pedirle que les lleve una copa de vino. Las jóvenes se adelantan. Van un paso más rápido. Una de ellas está frente a ti y dice: “Mi amiga me dijo que si le invitas un trago”.

Nada más. Sólo diez palabras. Tu corazón palpita ferozmente. Vuelves a experimentar la energía hipnótica, la misma que sentiste al llegar, incluso ahora con mayor fuerza. Interpretas la energía como un presagio, un buen augurio. Sientes que la noche es tuya, que la controlas, que nada puede salir mal. Piensas en la mención y ahora esto, no es sólo suerte, algo cambió, quizá la tormenta de desventuras esté por cesar. Intentas recordar cuándo fue la última vez que bebiste con una mujer. Fue hace diez años o nueve, luego de separarte de Daniela.

Te sientas en la mesa donde están las mujeres, sin embargo, en el momento que llegas, dos de ellas se levantan y se acomodan en otra mesa. Sólo estás con la dama de la sonrisa misteriosa. Al verla de cerca, te parece mucho más joven. Diecinueve, quizá dieciocho. Pero olvidas los pensamientos sobre la edad porque todo en ella te ciega, su figura esbelta y ceñida por el vestido negro, el cabello castaño y luminoso, la sonrisa de misterio. Ciertamente has estado con mujeres más bellas pero eso fue hace mucho, años atrás.

El mesero vuelve por los vasos ya vacíos, y pregunta si desean algo más. Dania pide una copa de vino blanco. Un momento antes de pedir otra Tecate light, dices: “Un vaso de whisky, por favor”. La situación lo amerita. Hace diez años que no bebes con una mujer, además estás celebrando. Después de todo, traes la cartera llena de billetes, por decir algo. Acabas de cobrar la quincena, y dos cheques por los ensayos que publicaste en una revista.

Dania pregunta a qué te dedicas. Piensas en decirle que eres auxiliar administrativo en una oficina contable, pero, al final, comentas: “Soy escritor”. Es verdad. Lo eres, pero hace bastante tiempo que dejaste de decirlo. Quizá la mención te dio arrojos.

Bebes y platicas con Dania. Los minutos transcurren rápido. Ella es más interesante ahora que la conoces un poco. Tienen gustos parecidos, incluso sus lecturas son similares; Hemingway, Dostoeivsky, Kafka. Pregunta por tus hábitos de escritor. Describes la rutina, de cómo te sientas todos los días a las siete de la tarde en aquel diminuto estudio y escribes con vehemencia hasta las diez de la noche. Nunca más tarde, porque al día siguiente tienes que ir a trabajar. Luego de un buen rato de charla, predomina el silencio. Eso te da tiempo de imaginar a Dania en tu pequeño departamento. Lentamente la desnudas. Le besas todo el cuer-

po. Parece una diosa. Pero regresas a la realidad, a la mesa con la verdadera Dania. Notas que tienes una erección, una bestial, de semental en celo. Dania dice que se tiene que ir, que si la puedes llevar a su casa. Aún con el miembro semi erecto, de forma refleja, contestas que sí, que no hay problema. El bar está casi vacío. No hay vestigios de las amigas de Dania.

“Lo del aventón fue un error”, piensas. Sientes algo de pena. Dania verá el destartalado Tsuru del noventa y ocho, tu carro de siempre. Luego piensas que el verdadero error fue dejar la universidad. Al final sientes alivio cuando recuerdas a algunos compañeros que se graduaron de la carrera de comunicación están en peores situaciones. Contemplas la cara de Dania al subirse al auto y parece no importarle. Su sonrisa de misterio luce intacta.

Minutos después, cuando están a punto de llegar a la casa de Dania, una especie de ansiedad y pánico te envuelve. No quieres que la noche se acabe, no así, no quieres volver a casa y ser poseído por las voces del hubiera, de lo que quisiste hacer. Recuerdas la botella de vino tinto que guardas para esta situación. Sientes los presagios de nuevo. A bocajarro, le dices a Dania que si quiere ir a tomar una última copa a tu casa. Con naturalidad contesta que sí.

Llegan al departamento. Sirves el vino. Se sientan en la cama porque no tienes sofá, no hay espacio para uno. Permanecen dubitativos hasta que Dania se lanza sobre ti. Te sorprende su agresividad y más aún cuando te besa furtiva, animal, bestialmente. La desnudas con impaciencia, y con torpeza. Te aferras a sus pechos como se aferra un náufrago a una tabla en mar abierto. Durante el coito, en el momento en que Dania jadea más fuerte, le observas el rostro. Te parece más joven. Dieciocho, quizá diecinueve. Pero no importan los años porque estás en ese momento en donde todo es

humedad. Sientes los fluidos de Dania cuando llega al orgasmo. Al terminar, ella se acurruca en tu regazo. Duerme pronto. Vuelves a las fantasías. Imaginas un futuro con Dania. Le vas a pedir que se mude a tu casa, bueno, bastarán dos citas más para eso...

Despiertas con dolor de cabeza. Fueron un tanto excesivas las copas de la noche anterior. Sientes más soledad que de costumbre. Llamas a Dania. Nadie contesta, porque nadie se encuentra en la casa salvo tú. Buscas alguna nota. Quizá fue a traer algo para desayunar, o quizá le salió un imprevisto y se fue. Pero no existe la nota. Te llega un mensaje al celular. Lo lees: "Gracias por pagar los tragos anoche y pagar la peda del fin siguiente..." Corres a la recámara. Encuentras la billetera tirada en el piso. Está vacía.

Te recuestas en la cama, mientras sientes un ahogo indómito, como si el mundo con sus enérgicas manos te quisiera asfixiar.

El fantasma de los días doce

—Sigues tú —me dijo el hombre calvo de las gafas ridículas.

Todos me observaron con minucia. Me sentí nervioso, con miedo. Había luchado tanto para olvidar esta historia que narrarla era algo insólito, sin embargo, no existía otra cura.

—Ocurrió un sábado por la noche —dije de forma tímida—. Una noche fría, de esas que calan. Me encontraba solo, bebiendo whisky en mi casa con un ánimo cabizbajo.

”Debido al silencio dominante, muy cerca se alcanzaba a oír el ruido de las manecillas del reloj, ese sonido continuo, monótono, muy similar a la muerte. Levanté la mirada y vi la hora: quince para las once. Comencé a pensar en el reloj, en el tiempo, en la ausencia.

”La quietud se interrumpió por un movimiento violento de la puerta de mi cuarto. Se abrió por completo y súbitamente, con la misma violencia, se volvió a cerrar. No pude ver algo. Todo estaba oscuro. La negrura me había cegado, pero alimentaba mis melancólicos pensamientos. Olvidé la puerta y sus repentinos abrir y cerrar, al recordar la fecha: era 12 de diciembre.

—¿Qué tiene de particular esa fecha? —me interrumpió un hombre delgado de playera verde.

—Ese fue el último día que vi a Laura, mi esposa —contesté de inmediato—. Me gustaba llamarla así. En realidad no estábamos casados, sólo vivíamos juntos. Nuestra unión duró tres años. El primero fuimos felices, los demás fueron de constantes peleas, de buscar la libertad. Un 12 de diciembre se marchó.

”El caso es que estaba en casa bebiendo whisky, maldiciendo al tiempo y con pensamientos negros. Entre tantas cosas, el cansan-

cio llegó y decidí ir a dormir. Un raro presentimiento anidaba en mí, me orillaba a imaginar que algo sucedería.

”Caminé del estudio al cuarto por aquellos corredores inundados de oscuridad. Escuché de nuevo el lamento del reloj: cada segundo, cada sonido que lanzaban las manecillas, caía en mí como un martillazo en el corazón. Entré a mi cuarto. La luz de la luna fusionada con la de los faroles alumbró tenuemente el espacio. Debido a esto, la habitación parecía cubrirse de una ligera capa plateada. Para mi sorpresa, descubrí a Laura recostada en la cama. Resaltaba con más claridad su sonrisa un tanto siniestra. Rememoré todos los momentos vividos con mi esposa, y cuando pude salir del trance, me sentí desconcertado. Me pregunté si la imagen ante mí era real o provocada por las altas dosis de whisky. Laura se levantó de la cama y, descalza, caminó hacia mí con pasos ligeros. Me abrazó. Experimenté un sentimiento afable, una gran calidez. Enseguida me besó muy lento. Incrédulo ante lo que pasaba, también la besé. Con mis manos recorrí todo su cuerpo, ese cuerpo tan aprendido por mí. El éxtasis de los mejores tiempos regresó. Poco a poco, tumbados en la cama, Eros nos envolvió. El tiempo pasó, pero pareció detenerse, volverse infinito.

”La luz de la mañana me despertó. Me sentí frío, solitario. Observé alrededor del cuarto. Laura no estaba. Recorrí toda la casa, pero no había ningún rastro de ella. La tristeza invadió mi cuerpo y, con mayor severidad, la decepción. Concluí que todo había sido un teatro montado por mis fantasías. Me negaba a creer en esa hipótesis porque todo había sido tan real, tan nítido: los olores, su cuerpo, los besos. Y así transcurrieron...

—Tu historia está fuera de lugar. ¿Qué tiene que ver tu relato con historias de fantasmas y sucesos extraordinarios? —intervino,

visiblemente fastidiado, el hombre calvo de las gafas ridículas.

—Al principio, esta historia puede parecer producto de mi imaginación o de unos cuantos tragos y de mis enormes ganas de reencontrarme con mi esposa. Yo pensaba igual, pero ahora que ha pasado tanto tiempo, no puedo atribuir estos sucesos al alcohol o a las fantasías de mi mente. Serían explicaciones fáciles a una serie de apariciones que yo mismo he llegado a odiar —dije con firmeza; después respiré hondo y continué—. Seguido a mi encuentro con Laura, o con el fantasma de Laura, sucedieron unos días sin grandes sacudidas, rutinarios. Mis actividades se reducían a ir de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, tal vez hubo alguna noche de insomnio que pasé viendo televisión. Transcurrieron los días, las semanas, y llegó el 12 de enero. Todo pasó con normalidad hasta que, cuando tomaba café y leía los encabezados del periódico, observé la fecha. Esta información entró en mi mente como un flechazo. Las manos me sudaban y mis nervios se encresparon. Comencé a caminar de un lado a otro como poseído por un demonio. Me recosté y traté de calmarme. El foco de la luz se apagó y todo quedó en penumbras. Al segundo, la bombilla volvió a encenderse y al siguiente se apagó. El macabro juego continuó por un rato prolongado, tanto que decidí ignorarlo. La tranquilidad regresó a mí poco a poco y el sueño empezó a vencerme. Alguien abrió la puerta de mi cuarto. No pude distinguir las formas por la completa oscuridad. La luz apareció y las formas de Laura se iluminaron. Una extraña combinación de sentimientos abordó mi cuerpo, algo entre felicidad, desconcierto y amargura. La vez anterior no escuché a Laura decir una sola palabra. Esta vez la interrogué: “¿Cómo estás? ¿A dónde fuiste?” Sin inmutarse, sólo sonrió y clavó su mirada en la mía. Acto seguido, me abrazó e

intentó besarme, pero no la dejé y cuestioné otra vez: “¿Dónde has estado todo este tiempo?” No contestó. Era como si no alcanzara a escuchar mis palabras, como si la única forma de comunicarnos fuera con miradas, caricias y besos. Su mirada embelesadora me dominó, y nos enredamos en besos. Su tez morena se mezclaba con la oscuridad y sus caricias parecían una extensión de las sombras. Laura era la noche.

”Después, completamente agotados, nos recostamos en la cama y Laura durmió en mis brazos. Sentí el poderoso deseo de dormir, pero me mantuve despierto. Quería asegurarme de que mi esposa no escapara de nuevo, cualquier intento de huida sería repelido. Transcurrieron las horas. Por la ventana se escurrió el primer rayo de sol. Laura empezó a desvanecerse, como borrándose. Su imagen era cada vez más tenue, hasta que al final desapareció. Me sentí muerto. Mi cama era mi tumba. Todo arropo de esperanza se había ido.

”Las apariciones de Laura se hicieron constantes. Los días 12 de cada mes volvía a mi casa. Era un juego interminable, un laberinto sin fin del que no podía huir. Trataba de disfrutar el juego, disfrutaba de esa única noche al mes en que podía poseer a mi esposa. Al amanecer, cuando se iba, me invadía una cruda espiritual, un vacío insondable.

—Entiendo lo difícil que es que tu esposa se aparezca cada mes, a final de cuentas esta historia me pareció terrible —dijo el hombre delgado de playera verde.

—Debe de ser más difícil estar con el fantasma de la mujer que amas. Porque la amas, ¿verdad, Javier? —comentó un hombre alto de voz fuerte que parecía conocerme.

No contesté. Busqué una respuesta a la pregunta. No para él

ni para todo el auditorio, sino para mí. La amaba, pero también la odiaba.

El salón se convirtió en un caos, en una caldera de voces entrecruzadas. Así pasaron algunos minutos y luego, entre el barullo, escuché a una joven que decía:

—Muy buena fecha para contar la historia. Hoy es 12 de diciembre.

El comentario me dejó atónito. Había pasado por alto la fecha. Eché el último vistazo al salón. Miré al hombre calvo de las gafas, al joven de la playera verde, al hombre que parecía conocerme, y después, con rapidez, escapé. Caminé hasta la casa. Estaba relativamente cerca, cuando mucho a un kilómetro, sin embargo, el camino se hizo interminable. Todo se encontraba en completa oscuridad. Era como caminar con los ojos cerrados. En los pocos tramos iluminados, las sombras de los autos, de los árboles, me parecían tenebrosas, parecían hablarme.

Llegué a casa. Sospechaba que Laura estaría esperándome. No perdí el tiempo y rápidamente me dirigí al cuarto. Ahí estaba mi esposa. Con la sonrisa de siempre, que por un momento me pareció maligna. Se lanzó sobre mí y nos besamos con ansia ilimitada. Acarició mi cuerpo toda la noche. Se convirtió en medusa, en orfebre. Esa noche sentí una desesperación diferente: hicimos el amor con una añoranza anormal.

Ya acostados, mientras Laura dormía, me invadió un sentimiento de tristeza y desesperación inconmensurable. Sabía a la perfección que mi esposa se iría antes del amanecer y que al mes siguiente regresaría, incansable, infinita, muy parecida a la muerte. El sueño me venció.

Desperté muy entrada la mañana. Examiné todo a mi alrede-

dor y no me sorprendió descubrir que estaba solo. Me dirigí a la cocina para preparar el desayuno. Cuando entré al comedor, quedé perplejo por lo que vi: Laura estaba desayunando. Las mismas líneas, el mismo cuerpo. Era ella. De pronto escuché: “Buenos días, Javier, te preparé el desayuno”.

La inmortalidad de la memoria

Por aquella época me encontraba sin historias. Llevaba meses sin escribir una sola línea y ningún atisbo de lucidez acudía a mi mente. En cuanto al resto de mi vida, se podría decir que era gris, aciaga. Fue en ese momento cuando sonó el teléfono.

—¿Es usted el escritor Jaime Andrade? —dijo una voz ronca, como dañada por fumar cigarrillos.

Me sorprendió que me llamara “escritor”. La mayoría de la gente solía decirme maestro debido a las clases de literatura que impartía en la universidad, pero jamás escritor.

—Soy Jaime. ¿Quién habla?

—Ve mañana a las siete de la tarde a la siguiente dirección. Avenida Abasolo número doscientos diez, entre calle ocho y nueve. Es urgente.

Mi desconcierto al escuchar lo anterior produjo un silencio hondo.

—¿Quién habla? ¿Qué se le ofrece?

—Lo diré otra vez: si eres el escritor Jaime Andrade, acude a avenida Abasolo número doscientos diez, entre calle ocho y nueve. Es urgente.

Dijo la palabra urgente con tono distinto, más enérgico, recalando el apremio.

—¿Acudir? ¿Para qué? —contesté rápido y, al mismo tiempo, pensé que era una broma.

—Mi jefe tiene un trabajo para ti. Es todo lo que puedo decir. Ah, por cierto, es urgente.

Un largo pitido me anunció el término de la llamada. Reflexioné poco sobre lo sucedido, quizá era una guasa de algún amigo.

Pasaron dos semanas. Mi vida transcurrió dominada por la precariedad económica. Las clases en la universidad apenas me servían para solventar los gastos básicos. Comencé a sospechar que la poca solvencia era la causante del bloqueo en mi escritura. Mis ideas siempre rondaban en torno al pago de alquiler, al costo de la gasolina y en las falsas ofertas del supermercado. Mis cuentos recibían poco tiempo de mi parte, mi prosa se había diluido. Hasta que recibí una llamada al celular.

—Busco al escritor Jaime Andrade —era la voz dañada por fumar cigarrillos. La reconocí de inmediato.

—Habla Jaime.

—No fuiste a la dirección. Mi jefe está un poco molesto. Acude hoy a las siete. Es urgente.

Se cortó la conversación. Las palabras del emisor me taladraban, las reproducía en mi mente como un estribillo sin fin. Por primera vez me cuestioné los acontecimientos. ¿En verdad se trataba de una broma? ¿Debía acudir a la cita? Y en el hipotético caso de ser genuina la situación, ¿quién me necesitaba con tanta premura? Navegué toda la noche sobre estas interrogantes hasta que el sueño me venció.

Al día siguiente, el tenue frescor de marzo entró por las ventanas de la casa mientras leía *Aura* por novena vez. Por la noche, alcancé a escuchar el sonido de un golpeteo en la puerta. Me levanté de la silla y caminé hacia la entrada de la casa. Los golpes cada vez eran más insistentes y fuertes. Al abrir, me sorprendió ver a un hombre de tal vez uno noventa de estatura y semblante severo. Vestía camisa blanca y lentes oscuros.

—Por favor, acompáñenos. ¿Eres Jaime Andrade?

—Soy Jaime. ¿Quién eres?

—Al carajo quién soy. No me iré hasta que me acompañes. Mi jefe quiere verte desde hace mucho. Te ha citado varias veces. No has hecho caso, por eso ahora nos mandó por ti —dijo con arrogancia.

—Perdón que te deje, voy a descansar —traté de ser lo más diplomático posible. Dicho lo anterior, proseguí a cerrar. En el acto, el hombre detuvo la puerta. Era muy fuerte, más de lo imaginado por mí en un principio.

—Mira, no me obligues a llevarte a la fuerza. Hasta ahorita hemos sido muy suaves contigo. Mejor coopera.

Mientras decía esto, señaló una camioneta blanca (una Lincoln de lujo) ubicada en la acera de enfrente. Evidentemente no venía solo. Me sentí un personaje kafkiano. Me invadió la sensación de estar atrapado. Medité la situación unos instantes ¿Qué opción podía tener? Me encontraba solo en mi casa, con un hombre veinte centímetros más alto que yo, con varios hombres más afuera en la camioneta, y tal vez armados.

—Está bien, pero, ¿puedo saber de qué se trata?

—Ya te dije varias veces por teléfono. Mi jefe tiene un trabajo para ti, es todo, debes estar tranquilo. Si nos acompañas todo estará bien, no corres peligro.

Resignado, subí a la camioneta. Dentro iban tres hombres más, vestidos con ropa similar y todos usaban lentes oscuros. Si no fuera por las ligeras diferencias en la tez de cada uno, se podría pensar que eran una copia del otro. El trayecto fue corto. En menos de diez minutos nos hallábamos ante una pequeña casa pintada de color azul, nada fuera de lo ordinario. Entramos. Me pasaron a la sala, o al menos eso parecía.

—Puedes sentarte —me dijo uno de los hombres—, en un mo-

mento más viene el jefe.

Accedí. Pasaron algunos minutos, tal vez quince o veinte. Poco a poco me fui impacientando. Comencé a observar el mobiliario de la sala de estar que en realidad era casi nulo. Se componía de una pantalla de unas treinta y cinco pulgadas, dos sillones marrones y otras dos sillas del mismo color. En eso divagaba cuando mis pensamientos fueron interrumpidos.

—Hasta que se me hace verte —me dijo una mujer—. Me llamo Idalia —al terminar la frase se sentó justo frente a mí.

De inmediato advertí la belleza de la mujer: sus ojos azules y su tez clara hacían resaltar sus labios con el más fervoroso fuego.

—Estoy esperando al jefe —contesté algo turbado.

Idalia rio con animosidad.

—Pues yo soy el jefe —al ver mi rostro de confusión continuó—. Imaginé que si te hacía pensar que era hombre tomarías el asunto de forma más seria, que vendrías más pronto. Creo que me equivoqué, pero qué bueno qué estás aquí.

La situación produjo un incremento en mi confusión y a pesar de la belleza de Idalia, deseaba irme. Sin demora, respondí:

—Bueno, pues aquí estoy. Tengo prisa. ¿Qué trabajo tienes para mí?

—Quiero la inmortalidad —dijo de forma tajante.

—¿La inmortalidad? —agregué de manera mecánica—. No puedo ayudarte con eso. No soy alquimista sino un simple escritor y maestro de escuela.

—Eso es lo que quiero que hagas, que escribas, que escribas mucho, que escribas de mí —contestó con la vista fija en el techo.

—Creo que me estás confundiendo. Yo no escribo poemas ni nada de eso. Lo mío es la narrativa.

—Ya sé. Leí tu novela y quiero eso, quiero una novela. Haz una novela que hable de mí.

—Ahora no puedo. Tengo trabajo: las clases en la universidad y proyectos propios —dije sin pensar.

—Tienes prisa, así que iré al grano, además también me urge bastante esto. Te doy tres mil pesos a la quincena si escribes lo que te pido —mencionó esto y lanzó una sonrisa.

Pensé en mi precariedad económica, en la deuda de los dos meses de alquiler. Los tres mil pesos podrían ser un remanso, la luz necesaria para el resurgir de mi prosa, sin embargo, la evidente opulencia económica de la mujer me incitó al regateo.

—No puedo, en verdad —respondí e intenté mostrarme seguro.

—Ocho mil pesos al mes —contestó al instante.

—Muy bien: acepto —dije después de fingir que analizaba la propuesta, luego continué—. Hay que entrar en detalles. Cuéntame de ti. Requiero saberlo todo.

Idalia sonrió e inició una larga letanía de sí misma. Me narró lo de su matrimonio con el empresario millonario, dueño de la mitad de los hoteles en Cancún, también lo de su carrera trunca como modelo de revista y decenas de cosas más. Noté su disfrute en cada frase que decía, amaba hablar de sí misma, ser la protagonista, el núcleo de todo, pero, en el fondo, se percibía un minúsculo tono de tristeza.

Regresé a casa una hora antes del amanecer. Seguía sin dar crédito a los hechos. La belleza de Idalia, lo insólito de su encargo, los ocho mil pesos, todo me parecía inusitado como historias extraídas de alguna fábula.

Exhausto por el trajín nocturno, llamé a la escuela para reportarme enfermo. Era viernes y después de descansar tendría el fin de semana

para ocuparme por entero en la novela y así fue. Dormí siete horas continuas. Al despertar, una sensación de felicidad y de plenitud irrumpió en mi cuerpo. Pensé que con parsimonia los días funestos se distanciaban. Sin demoras, trabajé en el proyecto. Escribí como un poseso, cada frase, cada párrafo surgía uno tras otro sin detenerse. Rememoré el centelleo estelar de Idalia, su mirada marítima, sus labios, y los vertí en las hojas. La lucidez en mi escritura había vuelto.

Esperé catorce días para un segundo encuentro con mi musa. Le leí los avances que tenía y con las siguientes palabras Idalia me confesó su inconformidad hacía mi texto: “Esta bien pero le falta. No sé, no me llega. Es como si no lo sintiera”.

La decepción afligió mi espíritu. La insatisfacción de mi musa fue un impacto mayúsculo. Debido a mi rostro desencajado, Idalia rápidamente advirtió mi desencanto. Con los trillados: “Sé que puedes mejorar, recuerda que eres buen novelista y por eso estás aquí” intentó reanimarme. Con el transcurso de los minutos mi brío mejoró, pero no del todo. Seguía perdido en el texto. Quería enmendarlo, corregir frases, reescribir líneas, párrafos enteros.

Después de una charla sosa e insustancial, nos mantuvimos en silencio. El sol atenuaba sus rayos, la noche estaba próxima, nos encontrábamos en ese momento en donde las sombras y la luz luchaban por imponerse. Idalia tomó mi mano y me condujo por un largo pasillo que desembocó en la habitación. Otra vez el poco mobiliario, una cama matrimonial y un tocador empolvado. Idalia señaló la cama como incitándome a sentarme. La obedecí. Ella, en ese lugar semi oscuro, comenzó a desnudarse: primero se quitó los tacones y luego el vestido. Contemplé su desnudez. La piel nevada. Las curvas de su cuerpo perfectamente trazadas, con dilación extrema. También me desnudé. Nos arrojamos a la cabalgata sexual.

El tiempo y las repetidas citas con Idalia trajeron consigo la confianza, la naturalidad. La musa de mi novela dejó la pose fingida y la cambió por una pinta más familiar. Ya no se excedía en el maquillaje, además de pasear descalza por la casa mientras le leía, pero entre todo lo cotidiano, Idalia mostraba un dejo de desdicha. Por ejemplo, en una ocasión, luego del sexo, mencionó lo siguiente.

—A veces me siento una prisionera —dijo con voz apenas audible—. Es difícil ser la posesión de alguien.

Comenzó a llorar. Me sentí devastado.

—¿Por qué te sientes así? —pregunté.

—Soy sólo un adorno. El lindo trofeo de un magnate millonario.

—Pero lo tienes todo —mi respuesta fue torpe.

—Tengo dinero, lujos, pero no soy libre. Perdí mi carrera de modelaje. Quise estudiar la universidad, pero él jamás me dejó —se quedó un rato en silencio. Se enjugó las lágrimas y luego siguió—. Los días que nos vemos son los únicos que tengo libertad. Él se va y aprovecho para ser libre.

—Entonces divórciate.

—Imposible. No sabes cómo es él ni lo que es capaz. Soy suya, de nadie más. Él me lo ha dicho: soy su posesión.

Mi única respuesta fue abrazarla. Acariciar su cabello. Dejar que mis manos sirvieran de raquítico alivio. Sin liberarse de mi abrazo, Idalia dijo:

—Jaime, ¿eres de las personas que olvidan?

—Los escritores rara vez olvidamos.

—Ojalá no me olvides nunca.

Mi musa se ausentó por un tiempo. Nunca habían pasado más de dos semanas sin verla. Esa vez transcurrieron dos meses; el

segundo lo viví con un temor inhumano. Todos esos días oía sus palabras: “Ojalá no me olvides nunca”. Lo interpreté como despedida. Pensé que no volvería a verla. Idalia se había convertido en un oasis para mi vida, en un amuleto afortunado. Me vi como al inicio. Regresaron los tiempos funestos, mi soledad irreparable, el bloqueo en mi escritura y la austeridad monetaria.

Para curar mi desesperanza, fui a buscarla al sitio que cobijó nuestras citas. Toqué la puerta de la casa. Nadie abrió. Durante casi un mes acudí al mismo lugar, golpeaba el portón con frenesí y no obtenía respuesta. El desaliento me derrotaba con lentitud. Un día volví al lugar. Había determinado que sería el último intento. Aticé la entrada con el ánimo abatido, sin esperanza. La puerta de la casucha se abrió. Vi el rostro de Idalia. Me lanzó una sonrisa. La miré alegre, feliz. Pasamos a la habitación. Quise interrogarla. Mejor la besé. Fue un beso pausado, tranquilo, contrario a la celeridad con que nos desnudamos. Cerré los ojos porque vinieron esos segundos de espasmo. Escuché un disparo. Abrí los ojos. Idalia cayó inerte sobre mi pecho. Quedé atónito: ante mí se hallaba el cadáver de la mujer que amaba.

Me culparon por la muerte de Idalia. En un principio la policía creyó que yo le había disparado, así que pasé algunos días en la cárcel. Al final descubrieron lo del suicidio.

Me alejé de la escritura por bastantes meses. El recuerdo de Idalia jamás se marchó. Sus reminiscencias me agobiaban a diario, a cada instante. Comprendí lo que ella siempre buscó: quería la inmortalidad de la memoria, vivir en nuestros pensamientos y perpetrar su recuerdo. Con este principio como lema fundamental, terminé de escribir la novela sobre Idalia. Luego la publiqué.

La fiesta terminó

Mamá puede morir pronto. Su corazón podría colapsar en cualquier momento. Llego al cuarto de hospital. Las paredes blanquecinas me deslumbran, aluzan mis temores. Veo a mamá adormecida por los barbitúricos. El humo de mariguana se pasea por mis pulmones, mientras que el sotol recorre mi torrente sanguíneo. Llevaba casi cinco años limpios de drogas, los mismos en que me propuse escribir en serio. Hoy me importaron un carajo los cinco años. En mi defensa está el siguiente hecho: la vida de mi madre se extingue. Necesito fumar y beber para adormecerme, para mitigar al dolor.

“¿Debo aceptar el trabajo que me ofrecen en un periódico?”, me cuestiono. Mi mente se dispara a todas partes. No importa que esté sedado. Quizá mi cerebro quiere abandonar los hechos que me suceden. Quizá sólo para distraerme, en un arranque frenético tecleo números al azar en mi celular. La vocecilla mecánica dice: “El número que usted marcó no existe”. La grabación me hace sentir más solo. Necesito hablar con alguien. Vuelvo a marcar números al azar. El tono de llamada suena, dos, tres veces.

—Hello.

La voz es muy sexy.

—Hola, ¿quién habla? —contesto.

—Amanda Pop.

—¿La actriz porno? —pregunto con sorpresa.

—Yes, baby. ¿Me deseas?

El silencio se impone.

—Come on, baby. Do you wish me? —me dice con una voz coqueta—. Oh, sorry. In Spanish. ¿Me deseas, baby?

Recuerdo el cuerpo de Amanda: sus pechos, la rocosidad de los muslos, el cabello rojizo idéntico al magma; a su vez, rememoro las puñetas que me provocaba a los doce, trece, catorce años, en el sillón, en aquella casa donde pasé la infancia. Amanda en posición de perrito, Amanda a la misionero, Amanda, siempre Amanda.

—¿Entonces me deseas o no?

—Sí —la afirmación es genuina.

—Do you want to fuck me? Oh, sorry, again. ¿Quieres cogerme, baby?

—Sí —respondo con una vocecilla temblorosa

—Bueno, pero eso no importa. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Por qué jamás me tendrás. Because you are a loser!

La conversación termina. El cuarto blanquecino me deslumbra de nuevo, expone mis temores. Me siento solo, vacío. Me pregunto si Amanda tiene razón. ¿Seré un perdedor? Probablemente ni siquiera era ella, todo fue una broma, un malentendido. ¿O lo imaginé?

Ahora telefono a Manuel, mi mejor amigo. El tono se escucha infinidad de veces. Nadie contesta. Recuerdo la última vez que hablé con él: fue en mi cumpleaños veinticinco, pero su ausencia ha brillado en los últimos seis años. Nada borra mis recuerdos con Manuel: las borracheras locas, nuestras competencias para ver quién encamaba más mujeres en la prepa e infinidad de cosas más.

Salgo del cuarto. A lo lejos se ve un hombre alto, de cabello largo y bastante atlético. El hombre se vuelve, su identidad me pasma, es Roger Federer, no me equivoco es Federer, soy capaz de reconocerlo en donde sea. Él es mi ídolo de la infancia. Mi ídolo de siempre. ¿Qué diablos hace en este hospital? Debería estarse preparando para

Wimbledon o algo así. ¿Su madre también estará muriendo? No lo creo, de ser así no habría venido a esta pocilga. Me dirijo hacia él, pero de pronto camina y da vuelta por el codo del pasillo, corro para alcanzarlo pero cuando doy vuelta ya no está.

Vuelvo a llamar a Manuel pero siempre lo mismo, no contesta. Entro al cuarto y escucho a mamá decir algo inaudible, parece que dice Antonio, el nombre del padre que nunca conocí.

Siento el incontenible deseo de llamar a Daisy, aunque algo me detiene. ¿Qué me hace pensar que ella contestará? De cualquier forma lo intento, después de cuatro tonos, alguien contesta.

—Bueno.

Es ella. La reconozco de inmediato. Su voz comienza a paliar mis temores.

—Pensé que no contestarías.

—Es lo que iba a hacer, pero de pronto sentí que te pasaba algo malo.

Rememoro su belleza, su sonrisa inabarcable, el cuerpo esbelto y frágil.

—¿Te acuerdas de la prepa? —digo de forma insegura.

—No. Bueno, a veces, ¿por?

—¿Te acuerdas cuando andábamos?

—Dave, ¿para qué me llamaste? —me recrimina.

—¿En serio no te acuerdas cuando andábamos en la prepa?

—Dave, ya no estamos en la prepa.

Silencio.

—¿Ya terminaste alguna novela?

—No, pero...

—Lo supuse —me interrumpe.

—¿Por qué lo supones?

—Nunca has terminado alguna. Llevas desde la prepa diciendo que vas a escribir una. Las empiezas y jamás las terminas.

—Pues no por ahora, pero tengo un nuevo proyecto, este es el bueno.

—Siempre dices lo mismo. ¿Todavía estás en esa banda? Ay, ¿cómo se llama?

—Sí, la banda sigue. Últimamente nos contratan poco, pero nos vamos a recuperar.

—¿Y ya tienes trabajo?

—Pues tú sabes que la banda y la escritura son mis trabajos.

—Un trabajo real —dice tajante.

—Estoy por entrar a un periódico de tiempo completo —parece que le digo en forma de disculpa.

—No te creo. Siempre has sido un haragán.

—Es verdad, lo juro.

—¿Por qué me llamaste?

Pienso un momento. Busco la respuesta. No sé sí la tenga.

—Daysi, regresa conmigo.

—David, no empieces. Sabes bien que estoy casada. Y ahora estoy esperando un hijo.

Nuevamente el silencio, pero es un silencio incómodo.

—Me haré cargo de tu hijo, sabes bien que Rafa te trata mal, puedes mudarte conmigo a Torreón, ahora que entraré al periódico.

—Al menos Rafa no lo hizo con mi mejor amiga en su fiesta de cumpleaños.

—Daysi, ya te he explicado eso, mira...

—Mira, no importa, eso ya pasó, Dave, tu fiesta ya terminó.

—¿A qué te refieres con la fiesta terminó?

—Sí, la fiesta terminó.

Se corta la llamada. El tono de “terminó” me cae como un balazo. Extraño a Daysi, la extraño mientras mamá sigue adormecida.

Entra Sandra, mi hermana, y me pregunta si necesito que me releve. Le digo que no, que se largue, que necesito estar solo con mamá. ¿Cómo se atreve a irrumpir la intimidad entre mamá y yo? Arruina la conexión. ¿Qué se cree? Sólo porque ella haya pagado el hospital y las medicinas no le da el derecho de molestarme, piensa que tiene derecho a todo, probablemente así sea con sus colaboradores en la empresa de la que es gerente.

Roger Federer se para en el umbral de la puerta. Me sonrío y con la palma de la mano me dice adiós, después de un rato en esa pose, mi tenista favorito se esfuma. ¿Por qué sonrío y por qué me dice adiós? ¿Qué carajos está haciendo aquí?

Voy al Oxxo de la esquina a comprar un cigarro. Después de todo, Sandra destruyó la conexión que tenía con nuestra madre. Además, necesito un poco de nicotina, en verdad necesito algo de marihuana pero ya no me queda más.

El aire del exterior golpea mi cara, pero apenas lo siento. Fumo. La primera calada me pega hondo, se confunde con el poco humo de planta verde que aún queda en mis pulmones. Observo un pájaro. Es un ave extraña, similar a un canario. Su comportamiento me deja atónito, parece que está interpretando una danza como si bailara en torno a sus huevos y su nido. Entro a una cafetería. A lo mejor Federer se encuentra ahí. Pido un espresso. Debo mantenerme despierto. Creo que he dormido sólo dos horas en tres días. Pienso en llamar a Manuel pero no contestará, también pienso en las palabras de Daysi: “La fiesta se terminó”. ¿Qué significa eso? Debo llamar a Ponce para concretar lo del empleo en el periódico.

En efecto, lo llamo. Contesta al tercer tono.

—Qué onda, carnal.

—Qué onda, ¿cómo va todo?

—Excelente. ¿Cómo sigue tu mamá?

Nadie dice nada.

—Oye, el lunes le caigo al periódico para lo del empleo. Me interesa bastante.

—Estupendo, carnal. Se te facilitará todo, tú que eres novelista, corregir unas notas será pan comido.

—Es de tiempo completo, ¿verdad?

—Simón.

—¿Ya es seguro que me den la chamba?

—A huevo, déjame a mí. De hecho, te esperábamos hoy, pero pues ya el lunes por que mañana domingo no van los de recursos.

—Muy bien. Te dejo, carnal. Tengo que ir con mamá.

Salgo de la cafetería. El canario sigue bailando en su nido. Un canario bebé ha salido del huevo, por fin presencio un alumbramiento. Me siento extraño. El nuevo pichón se mueve torpe, inestable, como si le temblara el cuerpo.

Recibo una llamada al celular. Es Sandra.

—¿Qué quieres? —le digo.

—Mamá ha muerto.

Siento como si yo hubiera muerto. Camino al hospital. Doy pasos torpes, inestables, me tiembla todo el cuerpo.

Los vericuetos necesarios para escribir

El maestro lee con atención los manuscritos. Escribe algunas notas aquí y allá, luego dice: “Esto está bien, pero, aparte de algunas recomendaciones técnicas, el mejor consejo que te puedo dar es que vivas. Así es, muchacho, para que sus textos tengan vida, primero debe vivir usted”.

Alberto escucha la recomendación y le parece conocida, como si ya la hubiera escuchado antes en algún lado. En un principio no sabe cómo vivir. Se siente confundido. ¿Exactamente a qué se refería el viejo? Siempre ha pensado que está vivo o ¿acaso está muerto? Sus signos vitales dicen lo contrario, pero regresa al inicio. ¿Qué es vivir? ¿Es sólo respirar y ya?

Los días transcurren y no sucede nada extraordinario. Alberto piensa que tal vez está perdiendo el tiempo. Resuelve entonces que el maestro se refería a hacer cosas que nunca había hecho. Elabora una lista de cosas que no ha experimentado pero pronto se da cuenta que podría volverse infinita. Por ejemplo, nunca ha viajado a Canadá, nunca ha saltado en paracaídas, nunca ha robado ni tampoco ha matado. Aunque estas dos últimas cosas no le apetecen hacerlas. Para no volver la lista interminable se concreta en elegir cinco cosas: abordar a una chica en un bar, dormir en la calle, trabajar en una cantina, salvarle la vida a alguien e infringir la ley.

El primer punto de la lista resulta sencillo. Ligarse a una mujer no presenta demasiadas complicaciones. Alberto suele ser tímido, pero una especie de confianza lo invade, siente que está realizando una misión. Eso fue después. Primero entra al bar y pide una cerveza. Por más de una hora sólo ve pasar a la gente hasta que

observa a una rubia de ojos color miel en el otro extremo del tugurio. La aborda, más por el hecho de que está sola que por cualquier otro. Al inicio, la joven se muestra renuente a hablar con Alberto, pero luego cede. Conversan bastante rato. Ebríos, van a la casa del escritor y tienen sexo.

Al día siguiente, Sofía (así resulta llamarse la mujer) escribe su número telefónico en un papel. Lo deja sobre la mesa y se va. Alberto y Sofía pueden tener una buena relación, quizá hasta ser novios o casarse, pero nada de eso sucede. Es todo. El escritor nunca llama. Prefiere mantenerse solo. Tal vez sea por la costumbre. Lleva muchos años así.

Lo siguiente para Alberto es escribir sobre una rubia y un oficinista, de cómo la corteja en un bar y luego tienen sexo. Posteriormente se embarcan en una relación que dura varios años, sin embargo, termina, como todo en la vida. Confecciona el relato con sumo cuidado y se lo lleva al viejo maestro. El novelista lee con atención bastante rato, luego dice: “Es lo mejor que has traído, pero sigue sin gustarme. Me parece falso, además, el estilo es despegado, frío”.

Alberto sale del taller con una desazón poderosa, pero pronto se recupera: está determinado a escribir una gran obra. Tiempo antes formuló esa promesa. Decide continuar con la lista. Lo siguiente es dormir en la calle. “Debe tener extremo cuidado”, piensa. El segundo punto del listado puede ser peligroso por algún asaltante, pero, en específico, por los policías. Podrían confundirlo con algún borracho. Aun así la enmienda no suena tan difícil y no lo es al inicio. Alberto va preparado. Sale de un bar cerca de la una de la mañana con algunas copas encima. Camina por varios lugares del centro. Ninguno le apetece para dormir. Vagabundea

bastante hasta que pierde el brío y llega a la Alameda. Elige tirarse a un lado de unos arbustos y en el pasto crecido.

La noche se torna agresiva. A pesar de ser una ciudad de calor sofocante, el frío arrecia. El clima está a unos diez grados, pero donde está Alberto la sensación es de cinco o menos. Le hubiera gustado llevar una cobija o chamarra pero las olvidó en la casa. La lluvia cae, una lluvia poco feroz pero pertinaz. De igual forma el cansancio vence a Alberto y se queda dormido. Dura casi dos horas en el sueño. Despierta de forma abrupta: dos policías lo cargan y con empujones lo suben a la patrulla. El escritor termina la noche en los separos. Cuando sospecha que la policía se ha olvidado de él, un gendarme regordete lo deja salir.

En los días subsecuentes, Alberto se dispone a escribir, como lo hace siempre. En específico a las siete de la mañana y finaliza a las nueve porque a las diez con treinta sale a trabajar. Construye varias historias, esta vez más imaginativas, pero sabe que no es suficiente para convencer al viejo maestro ni para convencerse a sí mismo. Concluye que debe pasar al siguiente número de lista. Pide trabajo en una cantina. El dueño lo conoce de bastantes años y le da el empleo sin titubeos. Los primeros días alterna su trabajo de vendedor en la agencia de carros en la mañana y tarde, y el de barman por las noches. Se percata que esa rutina lo deja sin energías para escribir, por lo tanto, abandona la agencia. En el bar no le va tan mal y posee el colchón de un dinero ahorrado, además, había querido dejar la agencia desde mucho tiempo antes. Después de algunas semanas en la cantina, Alberto escribe historias inspiradas en relatos que le cuentan los clientes. Las escribe con ahínco y lleva dos de ellas al taller. El novelista sólo atina a decir: “No. Le falta. Todavía le falta”.

El escuetismo del viejo enerva al joven. Se siente como una brújula descompuesta, pero más que otra cosa siente un peso hercúleo sobre él. Desea escribir una obra magna. Ser el nuevo gran escritor mexicano. Después de todo, lo prometió hace bastantes años. Aunque la persona a quien hizo la promesa ya murió, para Alberto sigue teniendo una significancia primordial. Debe entonces continuar con la lista. Tiene que salvarle la vida a alguien. Días más tarde, se da cuenta de que este punto es bastante difícil. No encuentra a quién salvar. Sabe de antemano que quizá muchas personas necesiten su ayuda, ¿pero dónde están?, ¿cómo reconocerlas? Por si fuera poco, no consigue escribir nada. Padece una especie de bloqueo. Por un mes, el joven escritor sólo da tumbos.

Un domingo, Alberto sale de su casa de forma enérgica. Se deja seducir por esa fuerza, por el lenguaje de sus piernas. Una hora de caminata después la energía lo abandona. Se siente extremadamente fatigado, como si tuviera setenta años. El frío le quema el cuerpo. Es ahí donde ve la oportunidad. Observa un perro escuálido, aunque escuálido es decir poco, más exacto es decir el lugar común: está en los puros huesos. No sería nada descabellado pensar que el perro va morir. El frío más salvaje está por llegar. En esas condiciones no resistirá. Alberto compra un poco de comida para mascotas y se la ofrece. El animal se mueve de forma lenta como si le pesara el cuerpo. Luego de un rato, Alberto lo carga. La bestia sólo lanza un débil aullido. Ya en casa, cubre al animal y lo vuelve a alimentar. El can sigue moviéndose como si su vida se extinguiera.

Transcurren unas semanas y el perro se recupera. Parece ahora revestirse de una energía escondida. El animal al que bautizó como Káiser empieza a recuperar la forma tozuda propia de su raza. Lo que no vuelve es la cuerda para escribir. Se siente des-

perado. Únicamente resta un punto en la lista. Falta lo más difícil. “Debió ser más preciso”, piensa. Infringir la ley es una frase muy vaga. En todo caso, infringir la ley, ¿cómo? Por ejemplo, no le apetece robar, mucho menos matar a alguien. No tiene alma de ladrón o asesino. Se da cuenta que quizá eso era lo que quería el maestro, quería llevarlo al borde, sacudir su mundo.

Alberto entra varias veces a algunas tiendas para robar algo. No lo consigue. No tiene un motivo para robar. Los días pasan y sigue sin cumplir el último punto de la lista, también sigue sin escribir y sin volver al taller del viejo maestro. Quizá puso su pluma en un pedestal inalcanzable. La desesperación del joven enfermece con el tiempo. Comienza a refugiarse en la bebida. Sus ingestas de alcohol se vuelven rutinarias. Un día, entra a un bar al que nunca había acudido. Las cervezas que se toma se escurren por su garganta como agua en el resumidero. Más que ebrio, se siente inquieto. Captura su atención el hombre de la mesa de junto. Cree conocerlo, haberlo visto en algún lado. “¿Tendrá familia?”, se pregunta, ¿trabajo?” Le parece seductora la forma desgarbada del hombre, pero también la sutileza con que bebe. “¿Qué pasaría si una persona como él desapareciera?”. Son demasiados cuestionamientos para dejarlos así. Decide inventarle una historia al sujeto. Escribe algunos párrafos. Luego determina que debe hablar con él. Se lo gana invitándole un whisky. Beben un rato y luego buscan otro bar. Suben al coche del escritor, un Chevy 98. Alberto se siente distinto, como si algo en él se hubiera roto, sin embargo, es una sensación positiva, porque se siente como si una energía magnificente lo revistiera. Lentamente acelera el carro. Le embriaga la sensación de que su vida es la que se acelera, que ha dejado de estar quieta y al fin se mueve. Toma una vieja carretera. El copiloto, que

hasta el momento quizá por lo ebrio permanecía quieto, aunque un tanto nervioso, ahora está realmente asustado. Pregunta de forma enérgica que a dónde se dirigen. Al no obtener respuesta, le da un estrujón al escritor y este pierde un poco el control del auto. Esto llena de pánico al hombre. Alberto sale de la carretera y toma un camino de terracería. Disminuye su velocidad pero no demasiado. Va directo hacía un árbol. Quiere terminarlo todo. Un instante antes de impactarse, mueve ligeramente el volante, pero no es suficiente para esquivarlo. El carro se impacta y gira hasta volcarse.

Cuando Alberto despierta, se encuentra en una cama de hospital. Muestra desconcierto. Poco a poco empiezan a emerger los recuerdos. No sólo rememora el suceso con el hombre, sino todo lo sucedido en los últimos meses. El taller de escritura del viejo maestro, la rubia, el perro escuálido, su renuncia a la agencia de carros, el bar, la historia del señor desgarbado, y aunque un tanto difusa, el choque. Quizá porque tiene tiempo se da cuenta de que había tenido experiencias más intensas en el pasado, como la repentina muerte de sus padres cuando apenas tenía cinco años, el vivir con sus tíos cuando era niño, los tumbos que dio para conseguir su primer empleo, después los otros tumbos de pasar de empleo a empleo, el amor tormentoso con la mujer que lo abandonó sin decir nada. La mente de Alberto va y viene sobre esos recuerdos. Por vez primera en mucho tiempo se encuentra lúcido, deseoso de escribir. Desea tener alguna libreta o alguna computadora para volcar sus ideas. Piensa que pronto tendrá tiempo de hacerlo cuando salga del hospital. Esa última aseveración lo trae del mundo de las ideas al mundo real. Puede estar metido en un lío. ¿Qué habrá pasado con el hombre que encontró en el bar?

¿Estará vivo? De no ser así, podría ser investigado por asesinato culposo y pasar algunos años en la cárcel. No puede estar seguro pero el choque con el árbol fue del lado del viejo y este no traía el cinturón de seguridad. Su mente empieza a volar por los futuros posibles. Si el hombre está vivo, podría acusarlo de secuestro, qué tal, por ejemplo, si es un anciano millonario. No sabe nada de él. Vuelve a la historia del secuestro. Le parece fascinante como para un cuento. Su cara de preocupación cambia por una sonrisa. Escucha las voces narrativas para el relato. Piensa en el viejo maestro, en la promesa. Su sonrisa permanece intacta. Ahora tiene muchas historias que contar.

La mujer de jade

Una especie de maldición ancestral se regocijaba sobre mis hombros. Una sombra de infortunio me perseguía. Terminé por desear algo inalcanzable, quimérico.

El plan de convertirme en escritor para conseguir mujeres germinó en mi cerebro desde la infancia. Tendría nueve o diez años cuando mi padre organizaba convivios en la casa junto a sus amigos de la universidad. En uno de los tantos encuentros, acudió un hombre hosco, ensimismado, resaltaba lo tajante de sus conversaciones, su desenvolvimiento seguro y resuelto. Sin embargo, la mujer que lo acompañaba sobresalía aún más. Años después, denominaría a esa fémina “La mujer de jade”, no por su belleza, que desde luego era imponente, sino por el brillo poético y lustroso de su tez.

Experimenté un enamoramiento, o quizá deslumbramiento por La mujer de jade. Como todo amor de niño, el flechazo fue pueril, platónico, lejano de efluvios sexuales. Ese mismo día le pregunté a mi padre por aquel hombre hosco y ensimismado. “Es un ex compañero de la universidad. Es novelista”, me dijo.

Influenciado por mi obnubilación amorosa, determiné lo siguiente: si un escritor se deleitaba con la compañía de La mujer de jade, yo sería escritor. La idea no era un delirio, pero sí algo distante. Ya por aquel entonces gastaba mucho tiempo en leer novelas de aventuras: Salgari, Verne, Stevenson. En secreto reescribía los finales, algunos desde mi perspectiva, carecían de fuerza. Con el transcurrir del tiempo, el plan de convertirme en escritor quedó aplazado.

El poema, la carta y Mariana

Mi paso por la secundaria fue una estadía errante, una equivocación. La verificación tangible se encontraba en la nula sociabilidad que tenía con mis compañeros de clase. Ciertamente la idea de conseguir mujeres por medio de la escritura germinó en mi infancia, pero floreció en aquella clase de español. La maestra nos encargó escribir un poema. Poseía el plan de ser acuñador de letras; distaba mucho de serlo. Escribía una vez al mes y el resultado eran puros desvaríos adolescentes. Sin embargo, como todo joven ególatra e incauto, el ejercicio propuesto por la maestra podría significar una forma de probarme, una manera de decirle al mundo, y a mí mismo, que era escritor.

Disponíamos de una semana para entregar el poema. Todas las noches me sentaba a escribir. Surgió un texto prosaicamente cursi sobre el significado del amor, un escrito nada reflexionado, otro desvarío adolescente, aunque estaba exento de errores sintácticos y dotado de palabras rebuscadas. Luego de leer mi poema, la maestra me preguntó por su legitimidad: “¿Dónde copiaste el poema?”. Respondí de forma cabal que yo lo había escrito

Mi textito fue una celebración. Por varios días disfruté de numerosas alabanzas. Citaré algunas: “Pablo me encantó tu poema, eres un gran escritor” o “Escribes bien bonito”. Las exaltaciones me embriagaron la cabeza. Me sentía superior, significativo: la promesa de las letras mexicanas. Por fin había salido de mi coraza solitaria y sombría. Mi enajenación fue tal que se me ocurrió escribirle una carta de amor a Mariana, la mujer más popular de la escuela. Todos estábamos idílicamente enamorados. Mariana era una extraviada gema europea, de ascendencia francesa. Nos deslumbraba con el canto melódico de su voz, con la iluminación

de astro solar que irradiaban sus cabellos claros. Ella sólo salía con chavos de prepa, pero yo confiaba en mis palabras: mi carta la enamoraría. Todo era una ingenuidad. En los tres años de secundaria apenas habíamos cruzado el saludo un par de ocasiones.

Me esmeré en la carta. Volqué mis mejores frases cursis. Mi obra llegó hasta Mariana por medio de un amigo. No tuve el valor para entregársela. Al poco tiempo me devolvió la cortesía con otra breve misiva: “No puedo ser tu novia. Tengo novio. Aparte, no me gustas. Gracias por lo que me escribiste”.

Fue como caer de una gigantesca escarpadura. Era el primer fracaso de mis letras. Me sumergí en una mal etiquetada depresión juvenil.

Andrea

Andrea fue la primera conquista de mis letras. Después de todo, Andy, como le decíamos en la secundaria, era otra de mis porristas. Siempre adulaba mi texto con frases un tanto sosas. Acabé por aceptar una de sus tantas invitaciones para leerle mis poemas en su casa. Jamás le leí otro por el sencillo hecho de que nunca volví a escribir poesía.

Andrea, la más nerd de la clase, leía las novelas de Dostoievski con una celeridad inaudita, como si leyera un manual de instrucciones. Ella distaba mucho de La mujer de jade, no era siquiera bonita, pero la afinidad por la lectura nos acercó. Mi primera novia me convenció de cambiar mis lecturas detectivescas y de autores de terror, es decir a dejar a Stephen King, Agatha Christie y me prestaba libros de Chéjov, Dostoievski y Gorki. Los leí con la misma avidez con la que un borracho bebe cerveza. Me enamoré de la literatura rusa. Y me enamoré de Andrea. Jamás experimenté un trato tan cálido y dulce. Todas sus acciones eran una muestra

de amoroso candor: el café que me preparaba para leer en voz alta toda la tarde, las cartas que me escribía, los besos tímidos, torpes y llenos de frenesí adolescente.

La preparatoria y la universidad

El noviazgo entre Andrea y yo no se extendió más allá del segundo semestre de preparatoria. Una tolvenera de torpeza me cegó los ojos y la razón. Me encontraba azorado por mis compañeras de clase. Me envolvió el deseo de agregar más conquistas. Pronto se desencadenó el rompimiento.

En la prepa no escribí mucho. Quizá el fracaso con Mariana desafinó o desanimó mi pluma. En los primeros meses de cursar la carrera de psicología, descubrí a los Poetas Malditos. Su escritura simbólica, vehemente, me alienó. En poco tiempo me transformé en una imitación barata de los franceses. Dormía poco, bebía mucho, faltaba a la mayoría de mis clases, eso sí jamás me drogué. IncurSIONÉ en lo narrativo. Se me introdujo la idea de escribir una novela, pero no tenía la disciplina para hacerlo, lo único que expulsaba mi pluma eran textos autobiográficos de anécdotas sin importancia y poco cuidados.

Mi nueva actitud no me trajo mujeres. Se me impregnó una ansiedad convulsa. Eso me orilló a vagar por los bares de la ciudad recitando poemas de Rimbaud, Mallarmé y Baudelaire a las mujeres que me topaba. Las damas pagadas me brindaron consuelo por aquel entonces.

El encuentro con Pedro

Mientras las mujeres se alejaban de mí, lentamente me transformé en un coleccionista de amigos de borracheras. El más frecuente

fue Pedro, un hombre petulante que se creía crítico de cine (años más tarde conseguiría serlo). Quizá sin querer, él alteró mi vida.

—Wey, ponte al tiro: los escritores que conquistan mujeres son los académicos, los que usan traje. Un escritor es alguien diferente, por encima del promedio, y debes expresarlo de esa forma. Ponte a estudiar métrica, figuras literarias, historia de la literatura para que apantalles.

La sequía de mujeres me orilló a seguir el consejo. Compré dos trajes usados, y los turnaba: me vestía uno un día y al siguiente el otro. Asimilé de mal manera las enseñanzas de Pedro y sólo floté por la vida. Me encontraba con mis trajes vagando por la universidad sin hablar con nadie, tímido, ensimismado pero muy fiel a mi actuación. Cambié los bares por las cafeterías, así que todos los fines de semana frecuentaba alguna y llevaba conmigo un libro en la mano.

Lo positivo que me trajo el consejo de Pedro fue la disciplina. Escribía acuciosa y religiosamente de dos a seis de la tarde. Leía todo el tiempo y de todo: teoría literaria, historia, cuento, poesía, ensayo... Mi pluma se tornó escrupulosa. Le impregné mucho cuidado a mis frases. Las acariciaba con ternura. Intentaba embadurnarlas de pólvora poética, creía que cada palabra, cada frase era un perfecto ensamble, una pieza de rompecabezas. Con tal metodología de trabajo gané varios concursos de cuento. La UNAM, la Universidad Autónoma de Madrid y algunas otras instituciones reconocieron mi talento. Dejé de acostarme con prostitutas. No sentía que fueran conquistas genuinas.

La vida después de la universidad

Después de algunos trabajos insustanciales, llegó el empleo como docente de literatura. Meses más tarde acepté ser el editor de un suplemento cultural. Siempre en contacto con las letras. La litera-

tura era el centro, lo álgido. En eso giraba mi vida. No había más. Continuó mi cosecha de premios: el nacional de narrativa joven y algunos galardones internacionales.

Las mujeres en aquel tiempo fueron efímeras, de rostro pero sin nombre. Ninguna logró enamorarme. No tuvieron oportunidad, mejor dicho: no se las di. Nunca demostré interés. Jamás hilvanaba más de tres citas. Me hallaba regocijándome en mi nube de escritor. Acumulaba premios y conquistas femeninas. De forma ingenua pensé que ese tipo de vida duraría eternamente. A los treinta y cinco años, mi suerte se modificó por completo. Se presentó otra sequía. Cinco años de tropiezos. Recordé mis tiempos en la universidad en donde las damas parecían alejarse. Por primera vez en mucho tiempo me sentí triste. Rememoré la imagen de La mujer de jade. Deseaba verla de nuevo.

Cristal

Ciertamente, a mis cuarenta años ya había conseguido mi lugar dentro de la literatura. Era un escritor, pero un escritor sin mujeres. La idea de estar destinado a la soledad me invadió con violencia. Empecé a sentir la sombra de infortunio, a observar cómo me perseguía a todos lados.

Justo cuando más profundo caía en la aberrancia, mi vida cambió su camino. Cristal fue esa permutación. Cabello negro y corto, cortísimo. Short de mezclilla, tatuaje de mariposa en el muslo izquierdo, tez bronceada. Así se presentó Cristal la primera vez que la vi. Fue en ese bar sucio y lleno de ratas de la periferia. Ese día mis poros sudaban alcohol debido a mi incisiva toma de whisky. Cuando desperté en la mañana, Cristal yacía en mi cama. Al parecer me comporté como un seductor arrojado, sin tapujos. Tuve

suerte: Cristal bebió varios vodkas, y cuando eso sucedía, ella se iba a la cama con el primero hombre que se le cruzara.

La relación entre ella y yo duró algunos meses. El problema eran nuestras personalidades tan antagónicas. Mientras Cristy amaba el rock, la embriaguez etílica y en su escasa lista de actividades jamás existía alguna referente a lo literario. Yo era un escritor de cuarenta años, obsesionado con su oficio, sin más adjetivos.

Ahora bien, tenía dos motivos para retener a Cristal. Uno, deseaba alejar mis sentimientos de soledad; el otro, era referente a la mayor virtud de Cris: era una circense del sexo, una acróbata, construía poemas en la cama, sus actos poseían la intensidad de los poemas de Baudelaire.

Me cansé de Cristal y ella de mí. Sus batallas sexuales necesitaban otro participante, otro reto más provocador.

Cambié de residencia influenciado por la muerte accidental de mis padres. Quería refugiarme en mi escritura, generar un búnker al estilo Salinger, huir del halo de desdicha. Encontré calma moderada en mi nueva residencia. El sosiego no fue total por los sueños recurrentes con La mujer de jade. En mis fantasías, cuando estaba a punto de poseerla, simplemente se esfumaba.

La idea de conseguir mujeres por medio de la escritura mutó. Ahora quería conquistar a una única mujer: mi propia mujer de jade.

Mónica

Conocí a Mónica en una cafetería del centro de la ciudad. En una edición más de mi antigua costumbre de salir al café.

—Eres escritor, ¿verdad? —me dijo con voz fuerte para sacarme de mi lectura.

—¿Cómo sabes? —pregunté inquisitivo.

—También escribo. Conozco a los míos.

Pronto la charla se volvió honda y filosófica. Hablamos de política, literatura, de la vida. Con la naturalidad inherente de las buenas charlas, nos hicimos novios. Nuestra relación estaba dotada de madurez, era apasionada e intelectual. En el sexo parecía que nos acariciábamos el espíritu. Me aprendió cosas y ella también me enseñó a mí. Poseíamos una complicidad robusta por el hecho de perseguir el mismo objetivo: escribir. Había encontrado a mi mujer de jade, Mónica tenía ese brillo, el lustre. La relación duró dos años. Mónica se fue un día sin decir palabra. Después de tres meses recibí un correo, lo transcribo de memoria:

Nuestra relación estaba destinada al fracaso. Tu alma y mi alma son demasiado iguales para poder amarse. Te recuerdo como un viejo amigo, un colega de charlas trascendentes, pero no está llena de lo necesario para una relación.

Te quiere, Mónica P.

Posdata: supe que eres uno de los jueces del concurso de novela joven. Échale una mano a mi novela.

Mónica ganó el concurso por méritos propios.

La mujer de jade y un nuevo encuentro con Pedro

Mónica liberó la marejada de sombras. Pensaba a La mujer de jade la mayoría de los días. La imagen de esa dama ya idílica me perseguía. Se convirtió en una habitualidad soñarla.

Me resguardé en las letras. Escribí una novela sobre mi único deseo y anhelo, es decir, La mujer de jade. Eran una serie de relatos sobre ella en donde al final se engarzaban, adquirirían sentido. Ese libro ganó un premio nacional de novela. Aunque parezca absurdo, no recuerdo exactamente cuál. A esa altura ya me habían dejado de importar los concursos y reconocimientos literarios.

Debido a la muestra internacional de cine en la ciudad, Pedro visitó Monterrey algunos días. Concertamos una reunión en mi casa para charlar de lo acontecido en nuestras vidas. Llevábamos algunos años sin vernos. Después de varias horas, la conversación viró a lo siguiente:

—¿Y qué nueva conquista traes escondida? —mencionó Pedro luego de un rato de silencio.

—Ninguna. Desde Mónica he estado solo.

—Ya caerá algo.

—Estoy empezando a creer en el cliché de que los escritores nacimos para estar solos —contesté con desanimo.

—Ese cliché nada más se cumple una de diez veces —me dijo con rostro lúgubre.

—Creo que yo soy ese uno.

El cumpleaños y el final

Llegó mi cumpleaños cuarenta y nueve. Decidí festejarme en un ostentoso bar de la ciudad. Inventé a los pocos familiares y amigos que conservaba. Todos llegaron. Por vez primera desde la partida de Mónica me sentí alegre, pero no feliz. Era el único sin pareja. Cada uno de mis amigos traía su mujer de jade. Sin embargo, me divertí enloquecidamente. Bebí con mesura. La embriaguez me atacó ya entrada la noche. El pensamiento de abandonar la es-

critura me agredió también. Quizá dejando las letras rompería el halo, la maldición, ya no sería ese uno de diez.

Un amigo me propuso seguir el after en su casa para bebernos una botella de Glen Maquena. Excusé cansancio y me despedí. Me fui a casa. Me esperaban mi búnker. Mi soledad. Mis letras.

Abismos

Antes de que el recuerdo escape

La tenue luz y las volutas de humo que flotaban por la sala, construían un ambiente íntimo, confesional.

—Me cuesta hablar de esto. Aún siento la herida escociendo mi alma, sin embargo, soy el novio, sé lo que pasó sin siquiera presenciarse los hechos —Manuel suspiró, le dio una calada al cigarro, y continuó con voz entrecortada—. Después de todo nos íbamos a casar y diez años de relación con ella me respaldaban. En la carta que dejó explica el suicidio: “Dejo el mundo porque me cansé de él, por eso de un golpe lo acabo todo...”

—No me lo trago. Si se suicidó, ¿para qué irse tan lejos? Si quieres morir, te pegas un tiro donde estés y ya —contestó Carla.

La quinta de Beethoven sonaba a lo lejos, esparciendo un manto melancólico por todos lados.

—Tranquila. Todo se eslabona —siguió, Manuel—. Lidia, como buena artista, nunca se hubiera conformado con una muerte convencional. Además, tenía una asignatura pendiente. La creación de un último cuadro. El problema fue cuando no logró pintar ese lienzo. Lo confiesa en la carta: “Mi obra había quedado detenida, sólo eran ideas nítidas en mi cabeza, al momento de volcarlas al lienzo se hacían difusas, como si la pintura se transformara en un lenguaje extraño...”

”En casa jamás habría podido matarse. Desde hace algunos meses vivíamos juntos. Yo pasaba todo el tiempo en casa, trabajando en mi poemario, en el proyecto con el que gané la beca de jóvenes creadores. Por eso se mató lejos, en la casa de campo, para ejecutar el suicidio cuando ella quisiera. Me hizo prometer que la dejaría ir sola.

Con el resabio de la muerte de su futura esposa en el pecho, y algunas lágrimas en el rostro, Manuel pausó unos segundos su monólogo.

—Era una mujer de rituales. Yo conocía cada uno de ellos. Ese día, seguramente se levantó a las siete de la mañana, desayunó cereal, se duchó con agua fría, aún en invierno se bañaba con agua helada, poseía la creencia de que era buena para su piel. Mientras se depilaba las piernas tarereó alguna canción, y con la toalla aún anudada sobre el cabello, se dispuso a leer poesía, siempre leía antes de pintar. En el librero que tiene en casa falta el ejemplar de Hojas de hierba de Whitman, falta porque se lo llevó a la casa de campo... Puedo observar con nitidez cómo alguna gota de agua sin secar recorría su piel hasta fundirse con en ella... Dieron las once, la hora más triste para Lidia. Siempre repetía que las once de la mañana de un domingo era la hora más gris. El informe oficial apoya mi idea. Dice que el deceso debió suceder entre once y doce. Por último, se recostó en la cama, palpó la beretta con sus manos ligeramente morenas, bronceadas por los baños de sol que tomó en su viaje a la playa. Las uñas pintadas de rosa, porque pese a estar a un instante de la muerte, quería lucir hermosa, además, el rosa siempre fue su color favorito. Entonces se disparó en la garganta. Puedo verla, su cuerpo inerte, la verdosidad de sus ojos selváticos ya marchitos. Ese fue el último cuadro que ella pintó. La luz de su ser extinguiéndose de golpe.

”Me resta explicar el motivo del suicidio. ¿Recuerdan lo de la muerte de su padre? Como sabemos, eso la destrozó, fingió cierta mejoría, pero nunca sucedió del todo. En la carta leemos: “...Mi padre, me reservo los comentarios al respecto, ahora estaré con él...”

Todos callaron. En la rockola sonaba Claro de luna de Debussy. La luz mortecina de las velas apenas iluminaba las volutas de humo, que se apelmataban cerca del techo. Cada uno bebió de su vaso de whisky de forma apática, como si los muertos fueron ellos y no Lidia.

—No, no me lo trago. No se suicidó: la mataron —sentenció Carla con rencor—. Cuando sepa dónde está el hijo de la chingada, yo misma lo mataré. Tengo pruebas de que no se suicidó. Además, tú qué sabes, Manuel, eras el novio; y yo, su mejor amiga. Y puro cuento que se fue a la cabaña a pintar, se fue a coger. Tú nunca te diste cuenta de que te engañaba. Y tú Daniel, no te sientas importante, no eras el único amante. Existía un tal Rodrigo, un abogaducho que según las palabras de Lidia cogía como los ángeles. Pero era Lidia, para ella todos cogían bien. Y les explicaré algo, por un lado, nadie niega que Lidia tuviera lo suyo, pero ser perfecta, jamás. Nunca le vieron la celulitis en las piernas, el diente chueco, ustedes no veían eso porque pensaban con el pene; así como todos los demás hombres con los que se acostaba. Eso sí, tenía un pegue, sí no lo sabré yo. La vi tener sexo en todas las posiciones posibles, es más, una vez nos chingamos juntas a unos gemelos. Aquel día, Lidia me besó mejor que cualquier hombre, sencillamente porque ese era su don. La coquetería, el acto, no eran sus piernas morenas, era la forma tan zalamera de caminar, no eran sus ojos sino su mirada que evocaba sexo, pasión, lujuria.

—Bueno, bueno ya, te estás desviando —dijo Daniel molesto. Carla suspiró. Le dio una calada al cigarro y continuó.

—Al grano. Las cosas sucedieron así: Lidia fue a la cabaña a tirarse al abogado. Me llamó y me dijo: “Wey, me voy a la cabaña a pintar todas las vacaciones”. Luego rio, pero no fue una risa nor-

mal fue una risa pícaro, macabra, una carcajada. El pretexto era ir a pintar para tener sexo toda la semana. De pasada se puso a pintar, sí, pero un rato, el resto del día era coge que coge. El problema fue que al final le confesó al tipo que tenían que dejar de verse porque se iba a casar. Ella me confesó que se lo diría. Siempre decía: “Después del altar no más engaños”. Así como la veían de zorra tenía su lado santurrón. En resumen, Rodrigo no quería dejar de verla, porque se clavó, estaba como idiota por ella. Lo pude notar el día que lo conocí, en una fiesta a la que fui con Lidia. Cuando nuestra amiga le confesó esto, él se sulfuró, no podía dejar de verla. Discutieron, forcejearon levemente, y Rodrigo le disparó. El revólver era de ese maldito. Qué casualidad que la muerte sucedió hasta el domingo, a unas horas de regresar.

Daniel y Manuel se observaron. Fueron miradas de rencor. La vieja relación de mejor amigos se había perdido. ¿Se había perdido? El conato de bronca de algunas horas atrás no fue suficiente para vaciar el odio, pero volver a pelear no tenía sentido. Lidia había muerto. Daniel le fumó al cigarrillo y expulsó de su boca un humo fantasma, después dijo:

—El único que sabe la verdad soy yo. Seamos sinceros: tú, Manuel, eras el novio; Carla, la mejor amiga, pero los dos pertenecían a su realidad. Conmigo todo era disfrute. Fumábamos mariguana e inhalábamos cocaína con de rock de fondo. No sabían que le gustaba el rock, ¿verdad? Yo pertenecía a sus sueños. Sé cosas sobre ella que jamás sabrían, ni siquiera lo imaginan, por ejemplo, ¿alguna vez les contó sobre la persona que mató? Fue en defensa propia, pero al fin y al cabo la mató, ¿lo sabían?

Carla y Manuel se miraron, pero sin sorpresa ni alarma, probablemente porque ya no importaba si Lidia se había cargado a

alguien. Daniel prosiguió:

—Para ella yo era su ángel guardián, a quien recurría cuando necesitaba ser salvada, su escape, su paraíso terrenal. Ella, a su vez, para mí era mi “Starway to heaven”.

”El abogado tuvo que ver, pero de manera indirecta. Fue la ruca, la esposa quien la mató. Ella sabía que se veían. Algunos meses atrás los había descubierto. Lidia me lo contó.

—Déjate de rodeos y termina la historia —dijo Manuel mientras le daba un ligero puñetazo a la mesa.

—Lo siento, pero igual que ustedes, me siento perdido, desprotegido. Bueno, de un tiempo acá, Lidia sentía que alguien la seguía. Esto no te lo contó, Manuel, porque estaban a meses de la boda. ¿Cómo decirte que te engañaba? A ti, Carla, sí te lo dijo, pero sólo le comentaste que era el remordimiento por coger con un hombre casado. Semanas más tarde su paranoia aumentó. Me confesó que había visto a la persona que la seguía. Dijo que era una mujer de cabello corto, de unos cuarenta y cinco años y que estaba un poco pasada de peso, pero conservaba cierta belleza. Estoy seguro de que esa señora la mató. Yo también la vi una vez. La mujer sabía muy bien lo que hacía, era metódica; en ocasiones también me seguía a mí, y estoy seguro que en algún momento los siguió a ustedes. Lo calculó todo. Enfrenar a Lidia en la casa de campo era la mejor opción. Ahí le disparó y nos hizo creer que fue un suicidio. La carta fue un artificio más. Como saben, el abogado está picudo, bien relacionado, por eso los polis dicen que fue un suicidio, pero son patrañas.

—No lo sé. Tu historia parece falsa. ¿A todo esto por qué estamos aquí? —preguntó Carla mirando a los dos hombres de forma inquisitiva.

—Fuimos las únicas personas que Lidia menciona en la carta —dijo Manuel.

—Es su velorio, teníamos que venir, además, los tres somos amigos —contestó Daniel—. Da igual quién tenga la razón. Sólo tenemos una certeza: Lidia murió.

—En serio —volvió a preguntar Carla—. ¿Por qué estamos aquí hablando de ella?

Nadie contestó y esto engendró un silencio hueco y profundo hasta que Daniel intervino:

—Es porque la extraño.

Manuel asintió, como dándole la razón al amante de su novia. Luego afirmó:

—Todos la extrañamos. Tal vez queremos recordarla ahora que podemos. Antes de que su recuerdo escape y se extinga.

Fue él

Lo juro. Fue él. Ese ser mezquino y miserable maquinó la idea. Soy un hombre cobarde. Jamás hubiera tramado algo así.

Recuerdo que la ausencia de Luisa aún golpeaba mi espíritu. La tristeza ya no prevalecía; el rencor sí. Mi imperturbable desempleo limitó mis actividades. En términos pragmáticos, sólo a una: vagar por la ciudad en busca de un sitio para embriagarme. El dinero no era problema. Mi cuenta bancaria recientemente crecida por la venta de una propiedad solventaba mi dieta basada en gorditas, pollo frito y cerveza.

Me pregunto si él siempre vivió dentro de mí. Quizá estuvo ahí desde mi nacimiento y se encontraba aguardando, expectante. Pero me desvió de la historia, de la verdadera historia.

Entré al bar. Me senté en lo que llamo mi barricada, es decir, una mesa en el rincón más apartado. Pedí una cerveza. Luego la vi. La reconocí de inmediato. No era particularmente hermosa, pero destilaba un aura estrujante, como de seducción. Sus energías se concentraban en fotografiar algún punto del bar, una y otra vez.

“Me gustaría hablar con ella”, me dije, pero era cobarde y mejor pedí otra cerveza. La tomé por completo de un trago. El mesero me trajo otra. En el bar todo seguía igual. La gente deambulaba sin un sentido notorio, como si alguien ajeno a ellos manipulara sus acciones. Risas, charlas banas. También permanecía intacto el olor a alcohol mezclado con orines. Estoy seguro: él aprovechó ese momento para introducirse en mí, o tal vez sólo despertó. Me sentí temerario, mezquino, poderoso.

“Háblale, llévala a tu cama y luego deshazte de ella”, me dijo él. Había escuchado todas las historias que se decían en torno a

Luisa. Ya no importaban. Abandoné mi barricada. La melancólica música de fondo guiaba mis pasos. Cada movimiento parecía premeditado. Me senté frente a ella y le dije:

—¿Qué es lo que te gusta de la fotografía?

Luisa me miró sorprendida. Abrió los ojos con tanto azoro que por un momento creí ver las entrañas de su alma.

—La foto revela verdades. Por eso me gustan las fotos espontáneas, sin poses. Ahora intento atrapar la atmósfera del bar. Nunca puedo.

Escruté a Luisa: un vestido negro, zapatos de piso y un Rolex complementaban su atuendo.

—¿Sabes quién era bueno con las atmósferas? Poe: él era el mejor.

—Ah, sí, Edgar Allan. De mis favoritos. Aunque prefiero a Monet. Amo la pintura.

—De la fotografía pasamos a la literatura y después a la pintura —escarbé en mis conocimientos de ex docente de historia del arte—. Monet es bueno. Prefiero a Van Gogh. Es el Poe de la pintura.

Mentía. Gracias a mi ex mujer todos los pintores me enervaban.

—¿Por qué siempre vienes aquí? Y siempre solo.

Luisa me había visto algunas veces en el bar. Eso me pasmó. Me tranquilizó el recordar su afición por la fotografía. Debía ser buena observadora.

—Siempre vengo a esperar. Esperar a que den las dos de la madrugada o a que suceda algo. Nunca pasa nada. Eso sí, siempre dan las dos.

—¿Y qué quieres que pase? —me dijo y luego me observó con una mirada analítica, como de psiquiatra en consulta.

—No sé, no sé... Algo diferente, quiero que pase algo diferente.

No, no la llevé a mi casa. Ya lo expliqué antes. Él era metódico. Un arquitecto de situaciones. Luisa se fue después de una hora de charla. Me dijo su nombre y se esfumó. No le pedí el número de celular, la dirección. Nada. En el fondo tenía la certeza de volver a verla. Aún le faltaba una fotografía. Otra certeza: necesitaba a Luisa.

La resaca se fue, pero él siguió conmigo. No me abandonó. Tomó posesión de mi cuerpo. Mientras más transcurría el tiempo, él era más fuerte, ahora dictaba todos mis actos.

Desaparecí del bar algunos días para poder aclimatar la casa. El desorden y el caos gobernaban. Limpié de manera profusa. Encontré los cuadros que pintó mi ex mujer y los coloqué en la sala. Inventarle una interpretación a cada uno fue sencillo. Conseguí una botella de whisky.

Regresé a mi barricada. Le pregunté al barman por Luisa. De nuevo me narró las historias que giraban en torno a ella. La necesitaba, y tenerla apagaría mi demencia. Al fin, ocurría algo.

Esa semana Luisa no apareció, pero sí a la siguiente. Cuando la vi, no vacilé. Me moví malicioso.

—¿Quién es el mejor, Monet, Van Gogh o Da Vinci? —pregunté, mientras mi atención se centraba en las alhajas de Luisa. Cuatro anillos, dos pulseras, un Rolex distinto al de la primera vez, todo de oro.

—Ninguno. El mejor es Goya —sonrió de forma pícaro.

—En la casa tengo varias pinturas de mi ex mujer. Me refiero a que ella las pintó. ¿Quieres verlas? Su maestro decía que tenía talento —imaginé a mi ex esposa fornicando con su profesor de pintura. Por él me había abandonado.

Luisa no dijo nada por un buen rato. Daba la impresión de cavilar mi última frase.

—Sí, vamos —y volvió a sonreír.

Diez minutos nos bastaron para llegar a la casa. Luisa se sentó en el sillón. Preparé los vasos de whisky.

Él me poseyó con mayor brío. Se alimentaba con cada uno de mis movimientos, incluso sentía su goce, su perversidad.

Mientras observábamos los cuadros logré descubrir las ganas de Luisa, descifré en su rostro un dejo de excitación. Quizá la incitaba el regocijo de infringir lo prohibido. La llevé al cuarto. Nos besamos.

Describir la manera en que fornicamos, el rostro de Luisa al arribar al éxtasis, en como su cabello negro caía sobre su espalda desnuda y desembocaba en sus nalgas asemejando una catarata oscura, sería desviarme de la historia, de la verdadera historia.

—No tienes miedo —me dijo al oído cuando nos encontrábamos en el engarce amoroso después del sexo.

—Alguien que no tiene nada, no puede tener miedo.

—Me tienes a mí —contestó viéndome a los ojos.

Quise decirle que no era cierto. Sabía de lo efímera de su presencia. Yo mismo me desharía de ella.

Pero no fue esa noche. Luisa era la llave para trastocar mi demencia. La necesitaba. Después de todo, un encuentro resultaba fortuito, casi invisible. Siempre bajo la manipulación de él, para buscar a Luisa, regresaba al bar. Ya me había acostumbrado a la otra presencia dentro de mí, éramos cómplices. Como dije, repetí la fórmula varias veces, acudía al bar y buscaba a Luisa. Luego, en algún lugar de la ciudad fornicábamos con desenfreno.

Descubrí los fajos de dinero en aquella casa desvencijada, don-

de habíamos hecho el amor algunas veces. A Luisa le gustaba nombrar ese lugar como La Guarida. Unos minutos después del sexo, fui al baño. Encendí la luz. Mi mirada se enfocó en el piso de la regadera. El suelo en esa parte se encontraba tapado por una especie de hule negro, similar al de las bolsas para basura. Después de orinar, quité el hule. Observé los fajos de billetes. Nunca había visto tanto dinero reunido. Salí del baño. Luisa se hallaba tendida en la cama. La vi con detenimiento, en ese camastro se encontraba mi obra maestra. Sonreí. Me marché de la casa con sigilo. Jamás volví a ver a Luisa, sencillamente la olvidé.

Por la ventana observo la Lobo estacionarse frente a la casa. Se bajan cuatro hombres. Todos llevan en sus manos AK-47. Compruebo que eran verdad las historias en torno a Luisa. Derriban la puerta de un disparo. Mi salida de este averno se encuentra en las armas de esos hombres... Fue él. Ese ser mezquino y miserable maquinó la idea.

El odio mata al odio

Al despertar una mañana de domingo, me encontré con la muerte. El cadáver de Aleida Sifuentes se hallaba junto a mí. Charcos de sangre manchaban la cama y todo mi cuerpo. La Luger yacía en el suelo. El escozor de la resaca me apuñalaba en la cabeza. ¿Qué había sucedido? No recordaba nada. Era como si mi mente hubiera tirado el recuerdo de la noche anterior al abismo. Observé la escena. La muerte de Aleida fue desencadenada por los disparos de la Luger, un arma que me pertenecía desde bastante tiempo atrás, sin embargo, me sentía ajeno al deceso. Un presentimiento me decía que yo no era el asesino.

Surgieron un sinnúmero de interrogantes: ¿quién era el causante de la muerte de Aleida? ¿Qué hacía en mi casa?

El miedo me aprisionó con fuerza. Pensé en la gente que podría buscar a la muerta, pensé en la policía. Podían culparme. Debía actuar con celeridad y recordar lo acontecido.

Preparé un whisky cargado. Fui a sentarme al sofá. El olor a cigarrillos y alcohol se confundía en el ambiente. En la mesa de centro se encontraban dos vasos con residuos de vodka, seguramente sorbimos el vodka antes de subir al cuarto, pero ¿qué era lo último que recordaba? Luego de unos minutos, comenzaron a aparecer imágenes del día anterior, en ellas me encontraba en el Tempestad. Bebía whisky. Miguel Sepúlveda y su novia también bebían. Lucíamos alegres. Después recuerdo bailar y conversar con Aleida. Ahí se rompe la remembranza. Mi memoria se había convertido en una cinta cinematográfica con escenas faltantes, con doce horas vacías.

Existían otros indicios. Por ejemplo, en mi miembro quedaban

residuos de un empalme sexual. ¿Había tenido sexo con Aleida? La poca ropa que ella portaba también lo sugería. Inspeccioné la casa en búsqueda de algún otro vestigio. No encontré nada. Todo se ubicaba igual, en su sitio cotidiano.

Necesitaba respuestas. Me duché. Me cambié de ropa. Cubrí el cadáver con una manta. Cerré todas las ventanas y las puertas. El cuerpo no demoraría en descomponerse. Quería ganar tiempo antes de que el olor incitara las sospechas de los vecinos.

Al salir, el sol se manifestaba de forma vigorosa. Sus rayos irradiaban un calor asfixiante. Me dirigí a casa de Sepúlveda, con seguridad él recordaría otro trozo de los hechos. El miedo me aprisionó de nuevo. En cada una de las personas que topaba creía ver un gendarme encubierto. Imaginé que alguno de esos supuestos policías me cuestionaba la muerte de Aleida, también figuré mi arresto. En ese momento advertí la carencia de una historia-cuartada, es decir, una narración en donde saliera indemne del crimen. ¿Por qué necesitaba una historia? Ese razonamiento era el de un asesino. ¿Acaso yo había matado a Sifuentes?

Después de varios timbrazos, Miguel abrió la puerta y me miró con fastidio. Su semblante exhibía rastros de somnolencia.

—¿Qué te trae tan temprano por aquí? —dijo mientras se tumbaba en el sofá.

—Necesito un favor —dije en un tono muy serio. Como no obtuve respuesta, continué—: quiero que me cuentes todo lo que pasó ayer. No recuerdo nada.

Mi amigo me lanzó una mirada llena de confusión.

—¿A poco no te acuerdas? Te he visto tomar como un marinero y siempre recuerdas todo.

—Estuve con Aleida, ¿verdad? De hecho, ella es el problema

—acoté con un ligero dejo de desesperación.

—Pues yo no le veo ningún problema a esa mujer —dijo Miguel de forma sarcástica.

—Aleida fue asesinada, por eso necesito que me cuentes lo que sucedió ayer, cuéntamelo todo —contesté rotundamente.

—No juegues con eso, cabrón.

—¿Crees que estoy jugando? —tomé a Sepúlveda del camisón y lo vi con firmeza a los ojos. Continué— Aleida está muerta. No sé cómo pasó. Cuando desperté, se encontraba a mi lado. Tenía varios disparos en la cabeza y en el cuerpo. Le dispararon con la Luger que tengo. Te juro que no recuerdo. Te juro que es verdad, necesito tu ayuda, hermano.

La confesión sacudió a Sepúlveda. Por primera vez se mostró despierto, sin señales de su aparente modorra. Agachó la cabeza como si meditara unos segundos. Enseguida me observó. Al parecer no daba crédito a mis palabras.

—Me dejas sin palabras. Sé que estás hablando en serio. Conozco el rostro que pones cuando vas sin juegos, pero no creo poder ayudarte demasiado. Cuando los vi por última vez estaban muy bien.

—Cuéntame lo que sabes.

Miró hacia el techo e inició un largo monólogo.

—Pues nada. Fuimos al bar, al Tempestad. Teníamos rato sin ir. Tú eras dueño de la escena. Eres muy divertido cuando bebes. No parabas de bromear. Pero con bromas agudas, muy inteligentes. De esas que haces. Luego te paraste y te perdí la vista un rato. Cuando regresaste, Aleida venía contigo, dijiste que la habías topado de ida al baño. Como suele pasar cuando bebes demasiado, andabas de presuntuoso. Le comentaste lo de tu premio nacional

de periodismo político. Luego bailaron. Rieron mucho. La flechaste completamente. Se notó desde el principio por cómo te miraba. Me dijiste que te ibas. Querías acabar la fiesta en tu casa. Te marchaste. Es todo. No sé qué pasó después.

—No puede ser todo. Debió pasar algo más.

—Sí, pero no sé más. Te perdí la pista a la una de la mañana.

Los datos proporcionados por Sepúlveda me servían de poco, lo sustancial ocurrió en la casa. Mi memoria se empeñaba en esconder esos recuerdos. Me derrumbé en el sillón. Me sentía abatido, exasperado. Las emociones oscurecían mi pensamiento.

—¿Y si yo la maté? —pronuncié esa pregunta de manera instintiva, poseído por mi carga anímica.

—No digas pendejadas, Manuel —reaccionó Miguel.

—No es tan disparatado. Bien sabes lo inestable que me pongo cuando tomo.

—Sí, pero estoy seguro de que no eres capaz de matar a alguien. Además, siempre estuviste enamorado de Aleida. Fue tu obsesión en la preparatoria.

La respuesta de Sepúlveda retumbó en mi interior. ¿En verdad era capaz de matar a alguien? ¿Tenía la certeza de que en mis entrañas no se encontraba un asesino? ¿Me conocía lo suficiente?

Mi celular timbró. Tomé el teléfono al tercer tono. En la pantalla aparecía con letras grandes: Claudia Salas. No recordaba a nadie con ese nombre, así que dudé en contestar. Respondí a causa del descrédito de mi memoria por aquellas horas.

—Hola, Manuel, ¿Aleida está contigo?

Es un tanto embrollado describir las emociones que me asaltaron. Padecí un temor prominente. Alguien buscaba a la muerta. Eran visibles las contrariedades que podían aparecer. Por otro

lado, surgía una posible luz. Una oportunidad de esclarecer mis recuerdos.

—Disculpa, ¿quién eres?, ¿de dónde conoces a Aleida?

La respuesta tardó en llegar. Al parecer mis preguntas la desconcertaron.

—Soy Claudia, tonto, de la prepa. La mejor amiga de Ali, ayer nos encontramos afuera del bar. Ibas con ella. Pensé que aún estarían juntos. Es que intenté localizarla, pero no contesta el celular.

—Qué bueno que llamas. Necesito charlar contigo. Es sobre Ali. Ayer estuvo un poco extraña. Me preocupa.

Alegué algunos argumentos más para persuadir a Claudia de vernos. Pactamos para las siete, en una cafetería cercana a la casa de Sepúlveda.

Claudia acudió a la cita con veinte minutos de retraso. Llevaba un vestido blanco y tacones del mismo color. El maquillaje de su rostro era tenue, sin embargo, su belleza se mostraba palpable, intensa.

Intercambiamos saludos. Con prontitud la conversación se centró en Aleida.

—¿Qué me querías decir de Ali? —dijo Salas abriendo los ojos más de lo habitual.

—Ella está muy mal. La noté triste, distraída, en otro mundo. Y no sé en donde está ahora. Se fue en la madrugada. ¿Sabes qué pudiera ocurrirle?

Inventé esa historia para intentar arrancarle a Claudia alguna pista. Quizá con las respuestas podría reconstruir los sucesos de la noche anterior, o al menos generar una hipótesis. Además, debía encubrir la muerte. Desconocía los sucesos que podían desencadenarse si revelaba la verdad.

—Haces que me preocupe más por ella. Sigue sin contestarme el celular. Y Pues yo la veía normal. Todos los días nos vemos en el despacho y nada extraño —la mirada de Salas se concentró en un punto. Después de un rato dijo—, bueno, a decir verdad, sí hay últimamente algo que me desconcierta, y es que casi ya no sale con nosotras las del despacho. Ya no tiene tiempo porque lo dedica a su nuevo novio. Nuevo entrecomillas porque calculo que llevan juntos dos meses.

—¿Cómo se llama su novio? —dije y acto seguido sentí cómo la angustia me abrazó. Experimentaba una desesperación sin precedentes.

—¿Qué te pasa? No te ves muy bien.

—Nada. ¿Quién es su novio?

—No sé. Eso es parte de lo raro. Siempre me dice todo y ahora no me ha hablado de él. No sé nada. Sólo me cuenta que va mucho al Centurión azul.

Continuamos la plática por una hora más pero no logré recabar información significativa. Vino a mi mente una única idea, la de un asesinato pasional. Era pertinente buscar a la pareja de Aleida. Debía ir al Centurión azul.

Mi celular volvió a timbrar. Ahora llamaba Daniel Santos. Este viejo amigo laboraba por aquel tiempo como policía. De antemano sabía que habían descubierto a la muerta.

—Saben lo del cadáver, Manuel. Ya te buscan.

No quise escuchar más. Una catarata de pánico me arrasó. Afuera, la noche caía sobre la ciudad. La oscuridad acrecentó mis temores. Conocía a la perfección dónde se ubicaba el Centurión azul. Caminé diez cuadras con paso acelerado. Luego, justo en la esquina, se podía ver un edificio de paredes azules. Un anuncio de

letras gigantes decía: Centurión Azul. Me sorprendía lo descuidado de la fachada. Tuve la impresión de estar ante uno de esos típicos bares que se ven en las películas de vaqueros. La puerta se encontraba abierta. Adentro todo estaba en sombras. Caminé con sigilo procurando no resbalar ni tropezar con el mobiliario. Al menos en la planta baja no existía rastro de alguna persona. Subí las escaleras. El silencio era tal que se escuchaba el golpeteo de mis pasos. En el segundo piso contemplé dos puertas. Una ligera luz las alumbraba. Decidí entrar por la derecha. Vi en total a seis hombres: cinco vestían idéntico: traje negro y camisa blanca. Todos me apuntaron con una nueve milímetros. Advertí la insensatez. Por inercia acudí al lugar sin prepararme, sin siquiera saber a qué me enfrentaba. Al fondo de la habitación un hombre fumaba un puro, portaba un traje café, de tela fina, tal vez era un Bruno Magnani. Su rostro se exhibía hosco. Llevaba la barba y el bigote de unos cuatro días excelsamente recortado.

—Pinche madre. Nunca me equivoco. Sabía que me encontrarías. Eres inteligente, chingado, siempre lo he dicho.

El hombre del traje costoso parecía conocerme, por mi parte, él no se hallaba en mis recuerdos.

Les hizo una seña a los hombres de camisa de blanca.

—Salgan todos. Solo quédate tú, Bill.

De inmediato salieron todos los hombres, excepto el más alto y moreno que no dejaba de apuntarme con la Luger.

—¿Quién eres? —cuestioné de manera osada.

—Ah, qué mi buen Manuel —se levantó y se sirvió una copa, al parecer una de whisky—. Soy Roberto Ramírez.

Ahora todo encajaba. Ramírez era uno de mis compañeros de la preparatoria, uno de los más impopulares, por cierto.

—Bien, pero vayamos al grano. Ya me harté de esta chingadera. Además, no tienes mucho tiempo. Creo que la policía te anda buscando —soltó una carcajada.

—¿Qué sabes de Aleida? Por eso vine.

—¿No te gustó el obsequio que te dejé en la cama, cabrón? Servidita, lista pa disecar —volvió a reír de forma exagerada.

En ese instante, mi sentir fue dual. La sensación de cólera, pero a la vez de calma se entremezcló. Cólera por la impotencia de saber quién era el asesino de Aleida y no poder redimirla. Calma de conocer mi inocencia del crimen.

Con una placidez alucinante, Roberto sacó de uno de sus bolsillos del pantalón una nueve milímetros y me encañonó.

—Ahora vas a morir tú.

La situación me traspasó. Pensé que me encontraba en un sueño, en una pesadilla atroz. Deseé estar en mi cama, aún acostado, con la resaca de un domingo cualquiera pero la realidad era otra. Dos personas me señalaban con un arma. La muerte merodeaba. Hambrienta, deseosa de poseerme.

—Al menos dime por qué lo hiciste, ¿por qué mataste a Aleida?, ¿por qué quieres matarme? —mi voz fue apenas audible, se escuchaba ahogada, o como si en realidad tuviera el agua hasta el cuello y me encontrara a segundos de ahogarme.

—Ah, qué cabrón, ahora hasta quieres saber —se rio de forma burlesca—. Bueno, ya te chingué la vida por un rato —me lanzó una mirada saturada de odio, sin dejar de verme a los ojos y sin menguar su sentir, dijo—, igual que tú me la has jodido desde la prepa. De hecho, ahí empieza todo, en la pinche prepa. Me quitaste lo único que tenía. ¿Recuerdas a Luisa Martínez? ¿Sabes lo difícil que era para alguien como yo hablar con ella? Yo era

un pendejo impopular, olvidado. Ella, lo más chingón del mundo, acuérdate. Todos la admiraban por su porte y su belleza. Por fin pude acercármele gracias a la asignatura de cálculo, en donde siempre fui ducho. Le ayudé a comprender algunos problemas. Fue mi momento. Salí con ella. La enamoraba. Ella me correspondía, en verdad lo hacía. Siempre al despedirme me obsequiaba un tierno beso en los labios. Pero llegaste, tuviste que entrometerse. Llegaste imponente, como siempre. Como el buen galán que eres. La envolviste con tus bromas. Con tu buen humor —el rostro de Roberto había cambiado, la historia que narraba parecía dolerle, le arañaba las entrañas— fue la primera chingadera que me hiciste. Porque te las he estado contando, cabrón. Tiempo después, cuando pude hacerme de una carrera en la política y me nombraron secretario de finanzas, no dejaste de joderme en tu columna. Y este país te cree un dios de la crítica. Tu opinión es como una religión aquí. Me chingaste. Cada cosa que hacía la criticabas. Eres un pinche sabueso, eso nadie te lo niega. Perdí adeptos, y perdí la gubernatura del estado. Poco a poco fui perdiendo mi confianza. Te vi en el bar, otra vez me quitaste a mi chica, y como de costumbre, ni siquiera te diste cuenta, porque Aleida era otra porrista tuya. Seguía de cerca tus pasos, leía todo lo que publicabas en esa pendeja revista. Entonces, supongo que no le dolió dejarme. Acabábamos de pelear y argumentó que prefería estar con unos amigos en ese momento. Mintió, se fue para estar contigo. Ahí comenzó mi odio hacia ti. Esa es la verdad. Te odio. Te odio con todo mi poder. El verte con Aleida me dio una posibilidad, una posibilidad de venganza. Los seguí hasta tu casa. El que estuvieran largo rato en el carro me dio la oportunidad de mandar a mis hombres a que entraran. Fue fácil. Sólo volcaron un poco de tafil

en la única botella que tenías. Sabía que la sacarías, te conozco bien, la fiesta continuaría. Y lo hiciste. Caíste en la trampa. Como lo hiciste hace rato al venir aquí. En fin, el punto es que la droga actuaría después de un tiempo. Quedaron completamente dormidos después de tener sexo. Ahí fue donde entré y yo mismo le disparé. Dejamos todo como estaba. Quería que te sintieras desorientado, que pensaras que eras el asesino, que la desesperación te corroyera como un pinche perro.

El monólogo de Roberto me desconcertó. Jamás imaginé el odio tan inusitado que provocaba en él.

—Pues tú dices. Cuando digas ya, en ese momento disparo. Quiero que tú mismo me pidas morir.

Ya solo restaba alargar mis últimos instantes.

—Ándale, cabrón. No tengo todo tu tiempo. Ya sabes que si me desespero, te disparo de una vez. Y es más, te meto mil pinches plomazos. Si me lo pides tú, de uno te chingo y ya.

No tenía salida. Bueno, en realidad existían dos. Demorar mi muerte y quizá ser salvado por la policía o acabarlo todo como decía Roberto, de una vez, al gritar ya. Ya había perdido el temple. Elegí la segunda.

—Ya.

El disparo penetró con precisión en el cráneo. Roberto cayó inerte sobre el suelo. Bill gritó con voz sonora:

—Es mi venganza por todo lo que me has hecho. Siempre te serví fielmente. Y eso no te importó. Me trataste como una cucaracha, como uno más. No me dejabas ver a mi familia. Sólo te pedía eso. Sólo eso. Nada más era tu posesión. No podía dejar que siguieras chingando a la gente.

La escena me dejó atónito, congelado.

—Detrás de esa puerta se encuentra una escalera que desemboca en una salida trasera. Por ahí puedes escapar. Ellos no se darán cuenta. Por el sonido del disparo piensan que estás muerto. Yo me arreglo con los demás —mencionó Bill.

Bajé las escaleras y salí. No sabía a dónde dirigirme. Corrí no más de tres cuadras cuando la policía me arrestó.

Esa es la historia de cómo un domingo me encontré con la muerte dos veces, y de por qué de manera injusta llegué hace seis años a la cárcel.

Boxear la realidad

Daniel García encendió la grabadora con timidez, como si de un novato se tratara. El nerviosismo provenía por entrevistar a la Cicuta Castillo, su ídolo deportivo.

—¿Ahora qué? —preguntó la Cicuta un tanto inquieto.

El físico del exboxeador se encontraba intacto. Los hombros anchos, la espalda robusta y los dos marros que tenía por brazos eran propios de un púgil activo. Los sesenta y cinco años que cargaba sólo se le notaban en el rostro, por las arrugas de los pómulos y la mirada cansada.

—Te hago unas preguntas, respondes, lo registro en la grabadora y listo.

La Cicuta contestó con un sonido gutural. Odiaba las entrevistas, de no ser porque el dueño del bar donde trabajaba se lo pidió con clemencia, no estaría ahí. Por su parte, García ejecutó una serie de malabares para ganarse el encuentro, por ejemplo, iniciar amistad con el dueño del tugurio.

—Vengo por tu desaparición —dijo García.

Lupe Castillo colocó en el estéreo un disco de Ray Coniff. La melodía “Young At heart” se escuchó por todo el cuarto.

—Necesitamos algo de música chingona. Pos nada. Me retiré del box.

Daniel entendió que la entrevista no sería fácil.

—Cicuta, dime algo que no sepa. Facilitame las cosas y me iré. Me refiero al porqué de tu retiro en la cúspide de tu carrera. Además, abandonaste el box y nadie supo más de ti. Te esfumaste.

—Es lo que me jode de los reporteros, que dicen muchas mentiras. Mira, muchacho, yo no me retiré en la cúspide. Era el campeón, pero

a mis treinta y ocho años cada vez me costaba más defender el título —la Cicuta suspiró—. Es más, si le daba la revancha al Gallo Marín me chingaba. Me hubiera noqueado en menos de diez asaltos. Mis puños ya no eran de acero. Las últimas dos defensas las hice lesionado. Me dolía amadres la canilla. Acepto que fui cobarde al retirarme, pero con todo y eso, el día que dejé el box fue el día de mi muerte.

—¿A qué te refieres con que fue el día de tu muerte?

—Después del box no hay nada, nada importante. La gente poco a poco te va olvidando. Un día todo cambia y eres un simple mortal. La única persona, mi Silvia, mi Silvita, me dejó por otro vato. El dinero que me quedaba, pese a lo que pudieras pensar, no era mucho, me lo gasté en putas, de las caras, de las de Las Vegas.

En el estéreo sonaba ahora “El noa noa” de Juan Gabriel, eso significaba que el disco no era exclusivamente de Ray Coniff. Daniel percibió la incomodidad que mostraba el rostro de Lupe Castillo, por lo tanto, viró la conversación.

—Volviendo al tema de tu última pelea, dominaste al Gallo Marín los doce asaltos. Te movías por el ring muy rápido, igual que un delfín en mar abierto.

—Las cosas se ven diferentes desde afuera. Hay que estar dentro, en el calor de la batalla para saber la verdad. Sí, lo dominé porque tenía más técnica. Al Gallo le faltaba alguien que le enseñara a boxear. Sin embargo, ese día fue un pinche infierno. Le lancé mis mejores golpes a ese cabrón y no lo pude tumbar. Mis impactos ya no eran tan potentes, además, él era joven, podría haberle pegado con un bat en la mandíbula y no se hubiera caído. Podría jurar que a pesar de que él recibió la mayoría del castigo quedé más jodido yo. Y eso que casi no me tocó, pero el cansancio de la pelea me duró una semana y los chingazos aún me duelen

—Pero insisto, lucías bastante ágil.

—Tenía velocidad, pero ya se estaba yendo. Años atrás, mi velocidad era natural, me deslizaba por el cuadrilátero, es más, flotaba por el ring. En cambio, en esa pelea y en algunas anteriores, mi agilidad ya no era la misma. Forzaba el cuerpo en cada movimiento. Era como si estuviera ejecutando una coreografía no aprendida del todo. En esa pelea en particular, supe que había envejecido. Le doy un consejo, muchacho, jamás envejezca, es lo peor que puede hacer. Es una mierda ser viejo.

—Se habla mucho de tus borracheras eternas y tu obsesión con las mujeres. Se dicen que por ellas perdiste todo el dinero —dijo Daniel al instante, de forma inquisitiva.

—Esas son chingaderas que inventa la gente. Cuando peleaba fui dedicado. Cuando estaba en preparación jamás bebía y de mujeres sólo estuve enamorado de mi Silvita. Haberla perdido es la peor de mis derrotas.

—Bueno, ¿entonces por qué desapareciste?

—Deja de decir eso, muchacho, yo no desaparecí. Sólo me aislé. Ya no tenía nada que darle al mundo. Lo único que hacía bien era boxear, por eso me quise ir como campeón. Después del retiro está la nada, es un espacio vacío. También hay frío, mucho frío.

—¿Cómo decidiste entrar a trabajar en el bar?

Antes de contestar, la Cicuta se limpió la frente para quitarse algunas gotas de sudor.

—Me hace sentir bien. Además, ¿qué otra cosa podía hacer? Después de que mi ex esposa me quitara la mayoría del dinero, y lo demás lo perdiera en prostitutas y en el juego, pensé en poner un gimnasio de box, pero llegué a odiar al pugilismo, al menos por aquella época. Digamos que estábamos enemistados. Aunque no precisamente con

el box, pero sí con la vida. Mira, muchacho, pasas gran parte de la vida esperando encontrar quién eres, luego encuentras eso que quieres hacer, te encuentras a ti mismo, y la vida, con unos cuantos putazos, te desconcierta de nuevo. Te quita todo. En fin, yo era un luchador. Nadie me ganó en el ring. Pero en realidad esto que cuento no sólo me pasa a mí, le sucede a todos. Los buenos boxeadores no pierden contra otro boxeador, pierden consigo mismos. El tiempo acaba con todo.

Encontrar a su ídolo tan deprimido enervó bastante al reportero, quizá por eso preguntó:

—¿Por qué no te mataste, Lupe?

El ex boxeador frunció el ceño. Era una pregunta que no esperaba. La meditó unos segundos.

—Estuve a punto de hacerlo cuando me dejó Silvita para irse con ese haragán, estrella de rock. No porque la quisiera, sino porque me di cuenta de que no tenía nada. La pelea había terminado para mí. Te juro que compré un arma. Me miré en el espejo. Me apunté. Y no disparé. Me dio miedo. Fui un cobarde.

—¿Qué haces ahora además de trabajar en el bar?

—A veces, como te dije antes, siento mucho frío, para alejarlo, me pongo a boxear, hago sombra. Sólo así se equilibra la temperatura, expulso la frialdad un poco. Siento que en verdad estoy luchando con alguien, con mi propio yo tal vez. Me gusta pensar que voy ganando, pero parece lo contrario, aun así le he ganado varios asaltos.

Daniel ya no deseaba preguntarle más cosas al campeón. Poseía la información necesaria. Apagó la grabadora. La guardó en la mochila que traía y con parsimonia anduvo hasta la puerta. Antes de irse preguntó:

—¿Ahora qué harás campeón?

—Dos cosas: acostarme a ver televisión y esperar la muerte.

Sexo en una burbuja

¿Por dónde empiezo, doc? Es difícil. El problema era que no podía satisfacer a mi esposa. Nunca logré llevarla al orgasmo. ¿Cómo sé eso? Fue algo fortuito, pero también una analogía de rostros. Vaya, para ser más claro: la encontré masturbándose en nuestra recámara. Ese día salí temprano de la oficina. Isaura era un cúmulo de placer, lo derrochaba a destajo. El vaivén pendular de su mano acariciándose el pubis, los ojos desorbitados, y el quejido leve junto al suave roce con las sábanas, daba la impresión de que su cuerpo flotaba.

Contemplar a Isaura autocomplaciéndose me produjo un estremecimiento extraño, como si sospechara que algo andaba mal.

Días más tarde, hice el amor con mi esposa. Mientras la penetraba, nunca mostró la mirada desorbitada. Nunca jadeó levemente. Todo eso lo cambió por un cuerpo rígido, unos ojos cerrados, y un gemido exagerado. Fue mi primera vez en esa oscura y solitaria burbuja.

Espera, doc, déjame terminar. Ya me inspiré. Pronto entenderás lo de la burbuja. Entonces me entró mi instinto de investigador, de hecho, tú sabes más de eso. Siempre que penetraba a Isaura ponía particular atención a sus reacciones, pero resultaba lo mismo. Con el paso del tiempo mi neurosis aumentó. Me sentía inquieto. Me entró la duda. Comencé a sospechar de mi ineptitud para satisfacerla.

¿Sabes cuál es el problema de las parejas que llevan bastantes años de relación? Es que ya no se pueden ocultar cosas, al menos no fácilmente. Una vez le pregunté a Isaura: “¿Te gusta tener sexo conmigo?” Conozco las reacciones de mi esposa. Sé que cuando

algo le incomoda, arquea las cejas. En efecto, después de mi pregunta ella puso las cejas en forma de arco. También cuando miente suele ver directo a los ojos como desafiándote a descubrirla. Me contestó: “Claro que me gusta, tonto”. Y me clavó los ojos como dagas. Luego dije: “¿Llegas al orgasmo cuando lo hacemos?” Sin dejar de verme, dijo: “Sí, Jorge, claro, menos cuando bebes mucho, ahí sí no satisfaces a nadie”.

Quizá pienses que las cosas no podían ir peor, espera a que te cuente esto. Después de la charla, la actuación de Isaura llegó a otro nivel. Como si sospechara que la había pillado en su papel de finge orgasmos, ahora acentuaba más los gestos, gritaba como desquiciada. En algunas ocasiones me daba la sensación de estar cogiendo con una estrella porno. Ya no hacía el amor con mi esposa, más bien tenía sexo con un cuerpo inerte. Lo más atroz llegaba previo al orgasmo. Me sentía dentro de una burbuja yerma y sombría.

Mira como dijo en alguna ocasión Adler o Freud o Jung, no recuerdo. El sexo insatisfecho es una célula cancerígena, lo gangrena todo. Por principio de cuentas nuestros encuentros sexuales se volvieron cada vez más esporádicos hasta desaparecer, incluso dejamos de besarnos. En el fondo sabíamos que cualquier insinuación sexual podría desembocar a una situación bastante incomoda, es decir, al acto sexual mismo.

No, doc, no mal interpretes las cosas, deseaba infinitamente a mi esposa. La deseaba a ella, pero no así a la sensación de soledad de cuando me trasladaba a la burbuja.

El sexo se escurrió entre nosotros hasta interponerse. Aun así, la relación caminó bastante tiempo más. Cada quien se refugió en alguna actividad. Me centré en la escritura de mi tesis y ella le

dio por la repostería. El chiste es que se abrió un páramo inmenso entre nosotros. Nos separaba una frialdad calcinante.

Quizá te preguntes por qué no nos divorciamos o separamos en este punto. Tal vez Isaura pensó en Ximena, nuestra hija. Yo seguía con ella por lealtad. Imaginaba que si seguía conmigo después de esto, era porque me amaba, me amaba por sobre el sexo, por sobre todo.

Aquí para que me entiendas, doc, debo contarte sobre mis crisis de pánico. A veces tengo la necesidad de salir corriendo. Es una especie de incomodidad que hace estallar algo dentro de mí, algo irrefrenable. Las crisis empezaron en algún momento entre la vez que descubrí a Isaura masturbarse y el tiempo en que dejamos de tener sexo. No sé cómo nacieron. Supongo que es algo inconsciente, pero siempre he pensado que tiene alguna relación con la burbuja. A veces no es necesario tener sexo para sentirme encapsulado; en ocasiones, de la nada me siento adentro de la burbuja y experimento ese lugar inhóspito y sombrío.

Bueno, mis crisis y la casualidad me trajeron la verdad. Un día realizaba mis labores ordinarias en la oficina. Comencé a sudar de las manos. Padecí una asfixia abismal. Salí a la calle. Corrí un par de cuadras. Me desplazaba demasiado lento. Paré un taxi. Quería trasladarme más rápido. Le dije al chofer que me llevara al centro. Me bajé a media cuadra del motel Western. No sé porque ahí me sentí tranquilo, en paz. Me senté en la banqueta. No importó lo caliente del piso. Ahí presencié la huida, sí, la huida. Isaura salió del Western y se subió a un taxi. La acción fue tan veloz que no notó mi presencia. Me quedé viendo a las personas que entraban y salían del motel. Quería ver el rostro del hombre que se follaba a mi esposa.

No, doc, a pesar del odio corrosivo que me embriagaba, no cues-

tioné a Isaura. Después de todo era mi turno de interpretar. Decidí ignorar el engaño de mi mujer. No quería una pelea. Lo confesaré de una vez, doc. Me daba miedo estar solo, sí, le tenía pavor a la soledad. Prefería estar con Isaura aunque me engañara. A final de cuentas algunos años atrás yo había hecho lo mismo, me acosté con una mujer que trabajaba en la oficina. Estábamos empatados.

Pero bueno, doc, qué te puedo decir. Las mujeres son un sabueso instintivo. Lo olfatean, lo sienten y presienten todo. De alguna manera, mi esposa sabía que yo sabía. Isaura entendió que ella de alguna forma era la causante de mis problemas emocionales. Intentó terminar conmigo, pero lo hizo de una forma elegante. No bastaba con hablarlo, porque ella también me conoce a mí y sabe sobre mi pavor a la soledad, intuía que una charla no era suficiente para acabar las cosas.

Exacto, doc. Empezó a llevar a su amante a la casa. En fin, mi esposa, porque por la ley aún es mi esposa, se daba un festín sexual en nuestra casa cuando yo me iba a la oficina.

¿Cómo lo descubrí? Fue en otra de mis crisis. Un día laboral ordinario experimenté un deseo irrefrenable por salir del lugar. Al mismo tiempo me aquejó un mareo. Era tan fuerte que vomité tres veces. Sin decir a dónde iba, salí de la oficina y conduje a casa. Estaban tan adentrados o, mejor dicho, tan excitados, que ni siquiera notaron que entré a la casa. Me refiero a Isaura y su amante. Además, no fue necesario llegar hasta el cuarto. Desde la sala observé cómo Isaura le hacía sexo oral al hombre.

¿Sexo oral? ¿Es en serio? ¿Sabes cuánto tardé en que me la mamara a mí? Fue demasiado. Una cosa era que mi esposa tuviera un amante; otra, que cogiera a destajo con él en nuestra casa. Utilizando la lógica de la propia Isaura, el sexo oral lo volvía algo

serio. Ella sólo se la chupa al hombre que ama.

Pero bueno, doc, para no hacer el relato tan largo. Luego de descubrir a mi esposa con su amante, no deseaba saber nada de ella. Incluso me es imposible describir lo que sentía. Alquilé un cuarto en un motel. Llamé a Isaura para decirle que volvería al día siguiente, que necesitaba pensar algunas cosas. Jamás volví.

Y por eso vine, doc. Sí, sé que tenemos muchas cosas que trabajar. No, no quiero tomar agua, tampoco tomar aire fresco ni deseo salir de aquí. En serio, doc, estoy bien. Estoy bien. Te lo juro, estoy muy bien... Estoy bien... Muy bien.

Es más, esta época es la mejor en mucho tiempo. Desde hace algunos meses todo ha sido más llevadero. De no ser por Artemisa ya estaría muerto. La contrato todos los jueves, ya no estoy solo en la burbuja. Lo acepto. Cuando fornico aún veo el rostro de Isaura unos segundos antes de llegar al orgasmo. Pero insisto, ya no estoy solo en la burbuja yerma y sombría. Artemisa y yo llegamos al orgasmo simultáneamente.

Abdicaciones

El principio, el final

Presencí la mayoría de los sucesos que narro en esta historia. El resto me lo contaron sus protagonistas. Por lo tanto, puedo construir los hechos de una forma muy cercana a cómo ocurrieron.

Luis Almondi era mi compañero de trabajo y el único amigo que tenía. Laborábamos en el centro de investigaciones de una universidad, pero no tengo interés en nombrarla.

Todo comenzó en la mente de Luis y probablemente permaneció ahí hasta su final. Por las mañanas le narraba a mi compañero de trabajo mis recorridos por los tugurios de la ciudad. Mis narraciones nos servían para dos cosas: la primera, gastar un poco de tiempo y la segunda para sorbernos las dos tazas de café que ya eran costumbre.

Mi compañero se enteró de la existencia de Daniela gracias a mí, que por aquel entonces la conocía por su nombre artístico, es decir, por Desastre. Con lujo de minucias narraba el espectáculo que ofrecía Desastre todos los jueves por la noche. Describía lo cristalino de sus pechos, el contoneo dancístico de sus caderas que dejaban al gatopardo como caldera hirviente. Ahora que lo pienso, mis dotes de fabulador influyeron poderosamente en Almondi. Notaba cómo seguía mi relato, cómo lo reconstruía en su imaginación, y lentamente iba deseando a la bailarina estrella del Gatopardo. No recuerdo cuánto tiempo pasó. Fueron varias semanas. Un día, sin más, mi amigo me dijo: “Quiero ver a Desastre”.

Me agradaba la idea de beber acompañado. El jueves sin más preámbulo nos encontrábamos en el Gatopardo. Bebimos algunas copas mientras se llegaba la hora de que saliera la estrella. El lugar estaba repleto. Conservo de esa noche dos instantáneas perfectamente

grabadas en la memoria. La primera es ver a Daniela personificada de una guerrera medieval; la segunda, a mi amigo disfrutando el baile sin perderse un ápice del cuerpo crisálida de Desastre.

Ya en la casa, Almondi dijo:

—Tenías razón: es una diosa.

Sólo guardé silencio. La última estampa que guardo en mi memoria ese día, es a mi amigo observando el techo. Tengo la certeza de que pensaba en ella.

Se convirtió en costumbre acudir los jueves al Gatopardo. Todo cambió el día que acredité mi examen doctoral con honores. Estaba agradecido con Almondi por ser mi tutor. Decidí regalarle un baile privado. Él aceptó con la condición de que estuviera presente. Achaqué la petición como otra de sus extravagancias, adquiridas por tanta filosofía y por ser extremadamente reservado y tímido.

En la sala de privados, Desastre bailaba a medio metro de nosotros. Está demás describir el azoro de nuestras caras al ver su cuerpo, que esa vez poseía un atuendo de guerrera azteca. Ella se contoneó sobre mis piernas, luego en las de Almondi, pero casi en el acto dijo: “No, en mis piernas no, prefiero verte de lejos”.

El espectáculo de esa velada terminó, al menos para mí. Para mi amigo continuó, pero ya llegaré a eso.

No recuerdo el lugar donde estábamos. Tal vez en un bar o en mi casa, cuando Almondi dijo:

—Oye, Jorge, creo que estoy enamorado.

—¿De quién? —pregunté de manera inquisitiva.

—De Desastre, por supuesto. Constantemente la imagino, la deseo.

No contesté nada, pero su confesión de alguna manera me inquietó.

Fue en la época de mi decepción amorosa en que me quedé en el Gatopardo hasta el cierre. Había poca gente por no decir nadie. Desastre se me acercó. Tardé en reconocerla. A esas horas, su maquillaje era mucho más tenue, además, sin la luz de las farolas de colores y la escasa ropa, ya no lucía tan diosa, tan irreal, hasta aparentaba más edad.

—¿Qué le pasa a tu amigo?

—¿Almondi? ¿Qué le pasa de qué? —respondí extrañado.

—Ah, se llama Almondi. Pues sí, supongo que él, sólo vienes con una persona. Bueno, pues me gusta.

—¿Te gusta? —contesté aún más extrañado.

—Bueno, así de gustarme no, pero me lo quiero coger. En fin, pero ¿por qué ya no ha venido?

—No está en la ciudad.

—Qué lástima. Bueno, me lo saludas.

—Salúdalo tú misma. El jueves vendrá.

Daniela sólo guiñó el ojo.

Almondi acudió el jueves al Gatopardo, pero, a diferencia de otras veces, lo obligué a quedarse hasta el final. Desastre apareció. Se sentó en nuestra mesa y pidió tres coronas. Fui el primero en hablar.

—Te presento a mi amigo, se llama...

—Soy Guillermo Rentería, mucho gusto —dijo con firmeza.

Me sorprendió la facilidad con la que me había arrebatado la palabra. Alegué que debía hablar con el barman como pretexto para apartarme.

Daniela me contó como siguió la plática. Mi amigo le dijo que era contador y que vivía en el norte de la ciudad y una sarta de mentiras más.

Al día siguiente, le pregunté sobre su actuación tan extraña. En resumen, me dijo que no le interesaba conocer a la Desastre mujer y mucho menos revelar su identidad, hacer alguna de esas cosas lo volvería real. No entendí demasiado sus palabras, pero lo olvidé porque no era la primera vez que me pasaba algo similar cuando hablaba con él.

Mi amistad con Daniela se fue gestando. A veces hablábamos de Almondi; otras, nada más charlábamos de cosas insustanciales. Un día, Daniela me llamó por teléfono. Me dijo, con voz cargada de urgencia, que quería un encuentro sexual con mi amigo, utilizando sus palabras, deseaba cogérselo. Pensé en beneficiarme de la situación y así lo hice. Logré, por medio de Desastre, obtener una cita con Destino, mi bailarina predilecta.

Convencer a Luis para tener una cita con Daniela fue una labor complicada, pero mi alegata de que era un favor de amigos, y era mi única oportunidad de quedar con Destino, destruyó las negativas.

Llegó el día. Las mujeres llegaron tarde a la cita, como una hora después. El resto no lo presencié, me fui con Destino a Mazatlán. Está de más decir que gasté mi aguinaldo y algunos ahorros ese fin de semana. Lo sucedido después de mi escapada me lo contó Daniela. Almondi seguía en su papel de ser el Contador Guillermo Rentería, pero no solamente eso, se comportó de manera muy extraña. Puso un poco de música para que Daniela bailara. Ella aceptó. Después de un rato se acercó a él y quiso besarlo. No lo logró porque Almondi la apartó. “Me gustas más de lejos”, dijo. Daniela se enfadó, pero tuvo paciencia, después de todo confiaba en sus habilidades de seducción. Volvió a bailar. Según ella fue el mejor baile de su vida. Los minutos pasaron y Almondi, ya ebrio,

se dejó seducir. Y ocurrió. Tuvieron sexo o, mejor dicho, conato de sexo. La cosa no duró más allá del segundo minuto.

Daniela jamás quiso ver de nuevo a mi amigo. Luis jamás ha vuelto al Gatopardo. Todo se había vuelto real.

La hija de Crusoe

A Martina López el encierro la seducía, era su oportunidad de desconectarse del mundo, de escapar. Ella misma lo denominaba tiempo de descanso.

Llegó a la casa un sábado 12 de marzo. Abrió la vieja cerradura de su antigua casa en el centro de la ciudad. La recibió un olor añejo. Martina se sintió feliz, complacida. La arropó un sentimiento de familiaridad. Recorrió la casa y se aseguró de no haber olvidado algo importante, pero no, lo planeó todo con minucia. Su trabajo como organizadora de eventos le había enseñado no dejar nada al azar. Siempre existían imprevistos, cosas que saldrían mal y se debía organizar con esa sensación en la cabeza, para alejarse de los errores, para imponer la perfección.

Después de inspeccionar la casa, Martina se quitó su atuendo de oficinista y lo cambió por su ropa de dormir. Fue a zambullirse en la cama. La invadió un sentimiento de libertad absoluta, así se quedó un largo rato, sólo recostada y observando el techo. Las preguntas la asediaron poco a poco: “¿Ahora qué? Ya estoy aquí, ¿qué sigue?” No disponía de celular o televisión, nada que la pusiera en contacto con el mundo.

Preparó un poco de café y se dispuso a leer Doctor Pasavento, uno de los libros que le arrojó la idea de escapar algunos días de la sociedad. Se extravió en la prosa del autor español por varias horas. La luz empezó a menguar en el cuarto, entonces Martina suspendió la lectura. “¿Cuánto tiempo ha transcurrido?”, se preguntó. Sin reloj era imposible calcular el tiempo con exactitud. Fue a mirar por la ventana. Se quedó perpleja, si ya estaba por anochecer quería decir que llevaba casi ocho horas en la casa. Pero no lo

sintió así, para ella había transcurrido poco tiempo. En definitiva, en esa casa los minutos se sucedían de manera distinta, adquirirían un sentido diferente.

Sintió hambre. Sacó un atún de la alacena y lo vertió en uno de los platos. Abrió un paquete de galletas. Se cuestionó cuándo fue la última vez que había cenado atún. Se remontó a los días de su niñez, cuando a petición de ella misma, su mamá le preparaba atún con crema para comerlo mientras veía televisión. Infinita felicidad. Tuvo la necesidad de ir a donde precisamente sucedieron esos momentos. Casi nada se mantenía de aquellas épocas infantiles: el sillón ya había sido tirado y la televisión quizá se encontrara descompuesta en aquel cuarto de tiliches. Rápidamente corrió a la ventana otra vez. Ahora observó la calle. Recordó cuando jugaba al avioncito con sus amigas, a “la traes”, a “las escondidas”. Sonrió. Regresó a la cocina y terminó de cenar. Aún era temprano para irse a dormir, así que después de algunos minutos, se subió a la caminadora, quizá agotándose un poco le darían ánimos de dormir. Caminó en la banda cuarenta minutos. Al terminar el ejercicio, se dio una ducha y después se metió en la cama. Su intento de dormir fue infructuoso. Su vida era demasiado acelerada. No existía sitio para el descanso. Era el primer día sedentario en muchísimo tiempo. Muchas de las semanas no gozaba del día de descanso en el trabajo debido a la carga de labores. Necesitó varias horas para poder dormir.

El domingo y el lunes fueron marcados por la misma rutina: lectura, comida y ejercicio. Martina parecía disfrutar de la soledad. El martes, por primera vez, pensó en el mundo de afuera. “¿Qué estaría pasando en la oficina en ese momento?”, se preguntó. ¿Qué estarían haciendo sus hijas en casa de su mamá?, ¿la extrañaban?

Quizá no, tenían la edad suficiente para ya no depender de ella. Se preguntó por Antonio, su esposo. ¿Le extrañaría? Salió de sus cavilaciones y concluyó que no quería regresar a su vida cotidiana. La plenitud empezó a amainar. No deseaba regresar, pero algún día tendría que volver. Se echó a correr. Cruzó toda la casa y se lanzó en la cama. Agarró una de las almohadas y la abrazó con fuerza. Comenzó a llorar. Experimentaba una tristeza indetenible. De pronto, sintió como si estuviera dentro de un barco a punto de naufragar. La almohada que abrazaba con frenesí significaba el mástil al que se aferraba para no salir disparada. Martina se mareó. Veía cómo todo le daba vueltas en el cuartucho. Lentamente los mareos se hicieron más poderosos. Se desmayó. Al despertar, se sintió como un náufrago, un desposeído. Una sensación de soledad la invadió. Una soledad que le molestaba a destajo. Le arañaba la mente.

“Debo terminar con esto”, dijo. Con premura se vistió y caminó a la salida. Ya no importaba si su regreso estuviera programado para el sábado y aún faltaran dos días. Al abrir la puerta, la luz del sol la arrojó en estado de pánico, la invadió un temor intolerable. Cerró la puerta de manera violenta y fue de nuevo a la recámara.

Al regresar, Martina descubrió que esa casa, la casa de su infancia, era la isla donde había naufragado, la tormenta se encontraba afuera, sus monstruos, sus temores. Había huido de su vida. En un frenético arrebató se desnudó por completo: los jeans, los zapatos, los calzones, todo. Se sentó en el piso. Se sintió libre. En la casa podía desnudarse, leer, hacer lo que quería. Segundos después advirtió el fallo, su libertad no era del todo cierta. Fue hasta donde estaba el espejo. Se miró con detenimiento. Era como si no se reconociera, percibió su desnudez, ¿Quién era la persona que veía

en el espejo? ¿Qué buscaba? ¿Qué había sido ese arrebato tonto de desnudarse? Olvidó los cuestionamientos. Eran demasiadas preguntas y aún se encontraba mareada. Se desplazó a la cocina. Preparó un té y fue a tirarse al sillón.

Martina despertó del hondo sueño hasta la madrugada. La calma la envolvió. Era urgente reflexionar sobre su futuro próximo. Después de todo, no podía quedarse en la casa por el resto de sus días. Pensó que las respuestas se hallarían allí. Volvió a pasear por todas las habitaciones. Se dio cuenta por segunda vez en su estancia que faltaban muchas cosas, ya no era como la recordaba en su infancia y adolescencia.

En una de las cajas apiladas a un lado del sillón, encontró un micrófono. El artefacto poseía un valor simbólico. Fue el último obsequio de su padre antes de marcharse y abandonarlas, a ella y a su madre. Recordó lo mucho que le gustaba cantar, incluso lo hacía bien, siempre había sentido una envidia poderosa al ver a los conjuntos que cantaban en los eventos que ella organizaba. Colocó una silla justo en el centro de la sala, se subió en ella y comenzó a cantar: “Dirty of away...”

Cantó con excesivo apremio. Por momentos parecía trasladarse a su infancia, donde cantaba encima de las sillas y se creía una intérprete famosa, cuando incluso lograba sentir al público, escuchaba sus aplausos. Cantó todo un concierto, después de la décima melodía, se cansó. Bajó de la silla y se tumbó en el sillón. “Debo dejar mi trabajo como organizadora de eventos”, pensó. Encontró un paquete de galletas de chocolate en la cocina y las comió. “Puedo cantar en algún bar los fines y conseguir un empleo menos absorbente entre semana”.

Siguió con sus reflexiones. Amaba a sus hijas, pero a su esposo

ya no. Su mente se transportó a la preparatoria, hasta el momento donde besaba a Mariel en los baños de la escuela. Ese beso había sido tan tierno, tan solemne. Sintió ánimos de regresar a la prepa. No, a la prepa no, deseaba estar con Mariel, besarla otra vez. Las nupcias con Antonio fueron deseo de su madre, no de ella. Por otro lado, lo último que sabía de Mariel había sido lo del programa de televisión que conducía en las mañanas. En definitiva, la buscaría. Sus hijas deberían entenderla.

Necesitaba valor. Esperaría hasta mañana para buscar al amor de su adolescencia.

El sábado, cerca ya del mediodía, Martina salió y caminó aquellas cuadras tan conocidas por ella: la Corregidora, la Bravo, la Comonfort, el Bosque... Se detuvo ante la fachada de la casa de Mariel. Antes de tocar el timbre escuchó con nitidez la voz de su amiga y otra voz varonil. Aparecieron los cuestionamientos: seguramente Mariel ya tendría pareja. Sus hijas podrían rechazar su nueva relación en caso de consumarse. Quizá no lograría encontrar un empleo modestamente bueno, en esa situación no le bastaría el empleo ocasional como cantante de bar. Su madre quizá no volvería a hablarle. Debía hablar rápido con Mariel. No deseaba inculcar sospechas en su marido. Se mareó. Sintió el oleaje de nuevo. Volvió su rostro hacia atrás. El Marquis de Antonio ya se encontraba en la acera de enfrente. Ella misma le había pedido que la recogiera ahí. Martina figuraba la inmensa carretera como un feroz océano. ¿La balsa que había diseñado lograría resistir la furia del mar? ¿Era lo suficientemente estable? Volvió a mirar el Marquis-barco, quizá el último para regresar. Corrió hacia el carro. Abrió la puerta y subió.

—Hola, Antonio. Vamos a casa —fingió una sonrisa.

Sombra paternal

Con una extraña sensación de cansancio y enojo en el semblante, Roberto Contreras regresó a su modesto hogar después de una extenuante jornada de labores.

Su casa se componía sólo de dos cuartuchos que apenas pasaban los nueve metros cuadrados cada uno. Además, el domicilio poseía un aspecto sombrío debido a sus paredes maltrechas.

Sin embargo, cuando Roberto se colocó frente a la puerta de su casa, una fugaz sonrisa se anidó en su rostro. Sintió una sensación de alivio que comenzaba a paliar el enojo y el cansancio provocados por diez horas de trabajo, y de soportar a su jefe.

Contreras abrió con parsimonia la puerta y pensó: “Nada más necesito una cerveza bien fría. Tal vez así pueda imaginar cómo deshacerme del gordo de mi jefe”.

Entró. Se dirigió al refrigerador y tomó una cerveza. Al momento de abrirla, experimentó una emoción de alivio, aunque de inmediato fue superada por el bienestar del primer sorbo. Después se dejó caer en el desgarrado sofá y se dijo: “Si sólo pudiera encontrar la forma de humillar a Valdivia de la misma manera que él me humilla todos los días”.

Una voz proveniente de la habitación sacó a Contreras de sus meditaciones y lo devolvió a la realidad.

—Siempre haces lo mismo. Llegas del trabajo y te pones a tomar —dijo Cinthia entrando en la sala.

No hubo respuesta, pero el reclamo revivió la cólera de su oyente.

—¿Por qué no buscas otro trabajo? Ya no nos alcanza para nada... —Cinthia continuó su reclamo y en cada frase subía el tono de voz.

La joven no rebasaba los veinte años. Poseía una belleza admirable pero disimulada por un predominante descuido.

Roberto observó el rostro y el cuerpo de su joven esposa que se deslizaba por el cuartucho mientras profería su letanía de inconformidades. Un vehemente rencor manó desde muy dentro de su ser. Era un odio acumulado, añejo. Pensó en asesinar a su mujer. Deseaba tomarla por el cuello y sin maltratar su hermoso rostro, asfixiarla sin compasión. “¿Por qué intentan hacerme la vida imposible?, ¿por qué no simplemente me dejan tranquilo?” Se dijo en voz baja.

Luego de salir de esos pensamientos, atisbó de nuevo el cuartucho de tres por tres, miró la vieja y polvosa televisión, el antiguo refrigerador, el destartalado comedor y los sillones rotos. Roberto se sintió triste, vencido y recordó las palabras que le dijera su padre: “Eres un pendejo, un bueno para nada, no sirves...”

Contreras se sacudió la cabeza para borrar esas imágenes de la mente y, al mismo tiempo, se sobó los brazos y la espalda, porque por un instante volvió a vivir el dolor experimentado cuando su padre le propinaba severas palizas.

Cinthia continuaba quejándose del dinero y de todo. Roberto observó el reloj. Marcaba quince minutos para las siete. Era el momento de alistarse para el partido de fútbol. Se levantó del sofá como si padeciera una grave lesión en la espalda y con movimientos mecánicos y sin vida se dirigió a la habitación. Se vistió su traje de árbitro. Se miró en el espejo. Su rostro vencido cambió por uno de superioridad y de poder.

Al arbitrar los partidos se sentía un ser supremo. En la cancha era el único lugar donde mandaba. Su criterio era irrefutable. Abrió el cajón del tocador y sacó una navaja, una navaja que tenía

desde su infancia. El árbitro siempre cargaba esa arma blanca en una bolsa secreta de sus shorts. El mismo tejió esas bolsas de bajo del elástico. No llevaba el arma para usarla, esa idea nunca había cruzado siquiera su imaginación, para él era como un amuleto, como una fuente de seguridad. Habitualmente, antes de todos los encuentros, las escenas de su niñez regresaban, aquellas en donde aparecía su madre con la navaja enfrentando a su padre y dándole una estocada.

Roberto Contreras salió de la habitación, besó a Cinthia y con paso enérgico se marchó al estadio.

El juego se inició. Era la final de una copa amateur. Los equipos de esta liga eran conformados en su mayoría por gente ejidal (por cuestiones judiciales se ocultará el verdadero nombre de los conjuntos, se dirá que jugaba el equipo rojo contra el equipo blanco).

Las actividades empezaron muy tensas. Se desplegó un fútbol torpe, deshilvanado. Sólo se observaban pases errados, centros sin sentido y faltas, muchas faltas. Roberto se desplazaba de un lado a otro y siempre atinaba en su marcaje. Se cometieron tantas violaciones al reglamento que el árbitro tomó protagonismo. Sacaba tarjetas, regañaba jugadores e imponía su autoridad.

El primer lapso se concluyó con ventaja para los blancos de uno a cero. Los jugadores se adentraron en los vestidores para descansar. En el segundo tiempo, el equipo rojo modificó su alineación. Entró Francisco Dámaso. Dámaso había permanecido en la banca por una lesión en el tobillo.

Desde el minuto uno, este jugador relumbró por su nivel de juego. Sus movimientos parecían estar influenciados por la magia de un ente divino. Sus pases eran exactos, los burles y fintas eran peligrosos. Se convirtió en el mejor jugador del partido.

El árbitro veía a Dámaso y se aturdí. Las jugadas estilísticas, casi poéticas del atacante, así como su actitud confiada, trasladaron a Roberto a las épocas donde su padre, Rodolfo Contreras, caminaba con la idéntica actitud engréida por los cuartuchos de tres por tres.

Lo que al inicio fue una práctica agradable, se transformó en momentos de agobio. Roberto se sintió desplazado. Su ego parecía achicarse. Sus intervenciones imponentes ahora lucían grises, desdibujadas. En vez de una autoridad respetada ahora se asemejaba a un fantasma moviéndose sin sentido por el campo. El arbitraje de contreras menguó de forma notoria. Empezó a cometer errores disparatados, señaló faltas inexistentes...

En un balón dividido cerca del medio campo, un jugador de los rojos se barrió, rápidamente imitado por uno de sus rivales, el primer mediocampista tocó el balón, pero por la rudeza de la jugada no logró detenerse y chocó con su contrario, propinándole un fuerte golpe. El juez hizo sonar su silbato. Se postró delante del infractor y mostró el tarjetón de expulsión. Al instante, un grupo de jugadores rojos lanzó sus reclamos. En sus caras se notaba la furia, el descontento. Lo demostraban disparando improperios al árbitro. Los insultos eran palabras que dañaban el ego de Roberto, cada vocablo era una bocanada de fuego y quemaba en lo más íntimo de su ser.

La expulsión revistió de energía a Dámaso. Ahora jugaba con más fuerza. Ya no eran movimientos estilísticos. Esta vez tenían una dosis de pasión, de entrega, como si la estrella sintiera la responsabilidad de sacar adelante al conjunto.

El tiempo se consumía poco a poco y el gol del empate de los rojos no llegaba. La tensión de ese equipo era evidente. Cada mi-

nuto que transcurría caía en sus hombros como si llovieran rocas del cielo. Rozaba el minuto cuarenta y cinco cuando Paco Dámaso robó el esférico. “Ahora todo depende de mí”, se dijo. Y con una velocidad impropia del ser humano, emprendió una carrera al arco. Fácilmente superó al primer defensor. En el acto se le encimaron otros dos oponentes. Ejecutó un movimiento de revoleó y burló a uno, luego pasó el balón por las piernas del otro. Al instante, dos defensores más salieron para darle alcance. De reojo, Dámaso miró al arquero y a la portería. Localizó una rendija del lado izquierdo. Vio la oportunidad y disparó. El resultado fue un potente tiro que, pese al lance del arquero, se incrustó en la red. Todo el mundo festejó la anotación. El público cantaba y gritaba.

El gol cayó como una losa en los hombros de Roberto. Quedó perplejo. Su única reacción fue mirar a Dámaso y por un momento lo odió.

El árbitro pitó el final y tomó consciencia de lo sucedido. El calvario aún no culminó. Restaban los tiempos extras. El joven árbitro quería abandonar su cargo. Deseaba salir corriendo del estadio y refugiarse en su cuartucho de tres por tres. Pensó en el ominoso día con su jefe, en los reclamos de Cinthia, en su casucha de nueve metros cuadrados y escuchó en la mente por millonésima vez: “Eres un pendejo, un bueno para nada, no sirves...”

Se dio marcha al tiempo extra. El juego se volvió ríspido. Las acciones contribuían a las pifias del réferi. En cada falta, el público lo abucheaba. Roberto intentó ignorar las agresiones, pero en el fondo lo lastimaban.

Al minuto trece del segundo tiempo agregado, Dámaso conducía el balón por el centro y se dirigía al área grande. Justo en la línea divisoria, un defensor lo trompicó. Esto significaba un tiro

de penalti en favor de los rojos. Contreras pitó, pero marcó la falta fuera del área grande. El público detonó en reclamos. Los jugadores, el cuerpo técnico y todos se volcaron contra el árbitro. La mente de Roberto estalló. Sus demonios internos colisionaron.

Francisco Dámaso se levantó del césped y como imbuido por un demonio encaró a Roberto.

—No mames. Claramente fue falta dentro del área —dijo Dámaso con ira evidente a centímetros del rostro del árbitro.

Contreras caminó algunos pasos para marcar la línea donde debía colocarse la barrera. Paco lo siguió y continuó su reclamo.

—No chingues, cabrón —dijo frenético—, ¿qué pinche juego estás viendo?

Roberto acarició la bolsa secreta de sus shorts y palpó la navaja. Sintió la misma seguridad de muchos años atrás, cuando su madre la utilizaba para defenderse de su padre. “Esta es mi oportunidad de deshacerme de la estrellita”, se dijo y enseñó el tarjetón rojo a Paco Dámaso.

El futbolista explotó de rabia y por inercia dio un fuerte empujón a Roberto. Este cayó al suelo. Dámaso lo volvió a encarar. En el estadio toda la gente lo abucheaba de nuevo, a lo lejos se oía: “Eres un pendejo, árbitro. No sirves. Eres un bueno para nada...”

Roberto Contreras sintió una avalancha de emociones. Una sensación de ira y enojo invadió su cuerpo. Su mirada se perdía en un vaivén al observar a toda la gente. Empujado por un instinto animal sacó su navaja del compartimiento secreto y la incrustó en el cuello de Dámaso. Sin encontrar sosiego, el árbitro descargó otra puñalada, ahora en el vientre del jugador, luego otra y otra. Al fin había mitigado su ira. Cuando eso sucedió se introdujo en su ser una sensación de extrañeza nunca antes sentida. Contreras

pensaba que todo era una ficción, un juego creado por su mente.

Los jugadores, el público y todos seguían perplejos ante las imágenes presenciadas. Al parecer, habían asesinado a su mejor jugador de fútbol. En realidad, Francisco Dámazo era amado por todos, por sus acciones dentro y fuera de la cancha. La inmovilidad fue rota por un jugador del equipo blanco y con una cólera inmedible tiró una patada justo en el estómago de Roberto. Ese mismo jugador lanzó un puñetazo y a pesar del reflejo del árbitro dio en la cabeza. La acción del atleta inspiró a la mayoría de los presentes para que comenzaran a lanzar patadas y golpes. Una lluvia de impactos caía sobre el árbitro. Cuando estuvo en el piso, algunos jugadores y personas del público lo golpearon con tanta saña que parecía tratarse de un muñeco inservible. Los golpes recibidos por el asesino no solo lastimaban su cuerpo, sino carcomían su alma. Las patadas, los puñetazos, lo remontaban a su infancia, le sacudía las heridas.

Pasaron algunos minutos y la gente fue retirándose. Se vio al árbitro desfigurado.

Roberto padeció la peor humillación. Ahora sabía lo que en verdad era la derrota. Sufría un dolor físico inaudito, pero era más potente su tortura mental. Luego de un rato las luces del estadio se apagaron con lentitud. Roberto Contreras sintió cómo la sombra de su padre se cernía sobre él.

El Abandono

25 de mayo

Escribo impulsado por una sensación desconocida. Mis pasatiempos son pocos, quizá pronto este se convierta en uno de ellos. No me apetece, al menos por ahora, divagar sobre el objetivo del diario.

Alguna vez leí una novela escrita en forma de diario y en las primeras líneas el personaje protagónico se presentaba. No es mi pretensión escribir una novela, pero, por no tener más referencias, iniciaré igual.

Poseo un nombre ordinario. Me llamo Carlos González. Tengo cuarenta y cinco años, pero siempre miento respecto a mi edad. Lo hago como un autoengaño y para sentirme más joven. No me gusta pensar que cada día estoy más cerca de la muerte. Algunas teorías psicológicas definen el temor a la muerte como insatisfacción de lo vivido. Me formulo las siguientes preguntas: ¿cómo desearía vivir?, ¿qué me gustaría experimentar? Estoy muy agotado para pensar en eso, mejor aquí termino.

27 de mayo

Mi empleo se ha transformado en un monstruo de monotonía. No existe una mejor manera de explicarlo. Hoy, el gerente acudió a mi oficina para revisar los finiquitos del mes. Los terminé desde hace algunos días. Lo demás consistió en entregarme al ocio, al aburrimiento.

Mamá llamó esta noche y de nuevo preguntó por los niños. En realidad, de niños no tienen nada. María tiene diecisiete años y Juan veinte. Me preguntó por ellos ese es el caso. Luego de un silencio holgado viré la conversación hacia su salud. En ese momento no hallé la

entereza suficiente para hablar de mis hijos, además, siempre he imaginado que contarle la verdad a mamá sería como un duro mazazo para su sanidad. A continuación me explico. María sigue distante. No habla con nadie. No recuerdo la vez más próxima en que hablé con ella. Fue en la cena de navidad, o tal vez en su cumpleaños.

Juan cada vez pasa menos tiempo en casa. No supera la muerte de Rosalba. Aún no lo puedo afirmar con certeza, pero tengo dilatadas sospechas. De Jaime no deseo hablar, ya dista mucho el día en que se marchó.

28 de mayo

Rosalba ya no está. Eso es definitivo. Hoy se cumplieron dos años de su muerte. Sin embargo, su presencia se manifestó en mi cuerpo como un dolor punzante y persistente a la altura del pecho. La extraño. Rosalba era mi equilibrio. Mi núcleo.

A pesar de ser el aniversario luctuoso de mi esposa, fue un día disfrutable. El mantenerme alejado de la oficina crea un contrapeso, le impregna a los domingos una dosis de bienestar. Pasé mi día en contacto con el mar. No sé si sea correcto llamarlo así. Me refería a que destiné varias horas a observar fotografías del mar en la computadora. La gran bestia azul suele depararme una felicidad insólita, cuando no puedo dormir, basta con escuchar algún video del oleaje para invocar al sueño. Aún recuerdo mis visitas al océano. Han sido suntuosas. En mis siguientes vacaciones, la visita a la playa será inevitable.

María no abandonó su cuarto en todo el día, y si lo hizo, salió con un sigilo imperceptible. A Juan no logré verlo, antes de despertarme ya se había ido de la casa. El rumbo lo desconozco, así como también ignoro el rumbo de su vida.

30 de mayo

El trabajo en la oficina fue enervante. Se generaron las altas del nuevo personal para el siguiente mes. Debido a la incompetencia de mi equipo de colaboradores terminé el trabajo yo solo. El contador me felicitó por sacar a mi equipo del despeñadero. Si no se tenía lo de las altas, el gerente cercenaría algunas cabezas.

Hoy conversé por teléfono con mamá. Citaré sus palabras exactas: “Me siento orgullosa de tener por hijo a un maravilloso jefe de recursos humanos”. Mi madre siempre deseó que yo ejerciera esta carrera. ¿Me hubiera dedicado a lo mismo si ella no me hubiera alentado tanto? Probablemente sería arquitecto o policía. Me fascinan los trabajos enérgicos, extenuantes, en los que andas de un lugar a otro. En realidad, acabé en el otro extremo, siempre frente a la computadora, en una labor pasiva, al menos para el cuerpo. Regresando a la conversación con mamá, esta vez le confesé lo acontecido con mis hijos. La revelación, al menos así lo siento, la dejó aturdida. A pesar de no pronunciar un comentario directo respecto al tema, en su voz se notaban ciertos tonos de alarma.

Juan dejó la universidad. Su adustez al decirlo me arrojó a un estado de cólera impetuosa. También mencionó lo de su trabajo en el bar. La contestación a mi sermón fue la de ignorarme. No se me ocurrió la manera de reprenderlo. Ya pensaré en algo. María sigue en su cuarto, al menos esa es una certeza. Tiene la música al máximo volumen.

3 de junio

No tengo ánimos de escribir. Eso me lleva a cuestionarme el objetivo del diario. Poseo una vida carente de emociones. Un oficinista de cuarenta y cuatro años no tiene mucho que narrar. Quizá escriba para el autoconocimiento, como una búsqueda personal de

sí mismo. Por otro lado, me viene la siguiente idea: la soledad me orilla a escribir. Vuelvo al inicio. Desconozco el motivo. Hace rato releí los parajes del diario. En conclusión, estas hojas deben quedarse en la oscuridad, parezco un deprimido absurdo. Ahora me sobrevienen más cuestiones: ¿desde cuándo tengo esa percepción de mí mismo?, ¿desde la muerte de Rosalba?, ¿desde que mi hijo Jaime se fue de la casa? Ni el mar pudo tranquilizarme esta vez.

12 de junio

Hoy cené fuera de casa junto a mis hijos. La idea desde luego fue mía. Aún podemos convivir como familia. Fue una noche agradable. Tras largos meses volví a escuchar la voz de María. Me narró su incomformidad sobre algunos maestros del colegio, pero lo más rescatable fue cuando confesó su interés por aprender a tocar piano.

Le propuse a Juan dedicarse a la comedia, chiste tras chiste, durante toda la cena no paró de provocar nuestras risas. Desconocía por completo esa habilidad de mi hijo. Ahora me cuestiono lo siguiente: ¿Cuánto conozco a mis hijos? Luego de la cena me parecieron casi desconocidos. Mi trabajo es absorbente, es cierto, pero no justifica mi deslucida labor de padre. Me pregunto qué pensaría Rosalba si viviera. Probablemente le he fallado, y eso me ocasiona una herida abisal.

Ya avancé al interactuar con mis hijos. Espero sea el primer paso para resarcir nuestra relación. Por cierto, olvidaba comentar que la comida estuvo deliciosa.

15 de junio

Llegué veinte minutos tarde a la oficina. El gerente ya me esperaba para abalanzarme su furia. Me argumentó que se habían co-

metido errores al enviar las bajas del personal, como resultado nos rebotaron algunos documentos. Después del humillante regaño, ya no conseguí concentrarme en el trabajo. La dispersión de ideas me llevó a recordar la muerte de Rosalba. ¿Debería decir suicidio? Nunca comprendí por qué se dejó morir. Me enteré del cáncer cuando estaba en una fase terminal. Mi esposa era muy fuerte, eso es innegable. Ocultó los dolores de manera osada.

Sigo con mis quehaceres de buen padre. Busqué a Jaime en su departamento. Me apetecía hablar con él, incluso estuve tentado en proponerle que regresara a casa. Al final guardé mis deseos. Él no se encontraba. En el departamento se hallaba una mujer rubia, muy guapa, supongo la novia de mi hijo. Ella me informo de la usencia de Jaime.

Escuché un audio libro de la Divina comedia que, como fondo, tenía el sonido de las olas oceánicas. Muy pronto terminé por ignorar a la voz narradora. Sólo escuchaba el rugir pausado y melodioso del mar. Después de un rato oí cómo el océano me llamaba. Invocaba un conjuro, una seducción. Está claro, debo pedir mis vacaciones.

19 de junio

No terminas de recuperarte de un mazazo cuando la vida te propina otro más. El gerente empleó toda su mañana en supervisar al personal. El ambiente hostil de la oficina se incrementó a niveles grotescos. Se sentía la fricción en la atmósfera. Llegué a casa extenuado, con fastidio. Y me encuentro con un golpe más: me entero que Juan se fue de la casa de forma definitiva. Una carta pegada con un imán en el refrigerador me lo anunció: “Me voy para seguir mi sueño de ser actor o, en última instancia, ser comediante. Gra-

cias por abrirme los ojos y ver en mí el talento que yo no veía”. Al terminar de leer la misiva, algunas lágrimas reflejaron la tristeza que sentía. No tengo ánimos para escribir.

21 junio

Con la ausencia de Juan, María ha estado más apartada aún. Ayer le dije que saliéramos al parque a caminar. Su respuesta fue un no. También dijo no a mis otros intentos de convencerla. Mi casa es exageradamente silenciosa, apenas ayer lo percibí. A veces, la rutina, lo acelerado de la vida, logra empañar ciertas cosas. Anoche el silencio fue estruendoso, molesto. Me golpeó con dureza. El silencio y yo somos viejos conocidos. Recuerdo la quietud, la nada de cuando murió Rosalba. Hablamos por última vez en la noche. En la mañana sólo mutismo. Existió un segundo encuentro. Sucedió el día de la partida de Jaime. Él siempre era muy vivaz, alegre, siempre hacía ruido, se advertía su presencia. Luego se fue. Parecía que todos guardábamos luto por su ausencia, nos encontrábamos difuminados, quietos, en una especie de sonambulismo triste. Y mucho antes está aquel silencio hueco, intenso de cuando me separé de mamá. Debido a problemas cardíacos, le recomendaron vivir a nivel del mar (la envidia). Pienso en la relación existente entre el silencio, extrañar y la ausencia. Todos son un vacío. Hace rato leí Moby Dick, de nuevo me deleité con los parajes llenos de descripciones sobre el mar. Es lo más cercano del océano que estoy ahora. Me prepararé una copa de whisky, brindaré por Achab, por el mar, por la ballena blanca.

24 de junio

Hasta el momento no ha sucedido nada digno de contarse. Como se dice de forma coloquial: sin novedad alguna.

27 de junio

Todo es monótono, rutinario, constante, invariable. ¿Existe algún otro sinónimo de monótono? Nada sucede o, mejor dicho, pasa lo mismo. Sospecho que mi vida está en una especie de suspenso, o talvez descanso. Algo sucederá pronto. ¿Qué me estará preparando ahora? Sólo espero mientras observo el mar por la televisión y las olas me arrullan hasta quedarme dormido.

30 de junio

Otro zarpazo. Discutí fuertemente con María. La riña inició con estas palabras: “Me mudo con Jaime”. Al término de la afirmación quedé atónito. Después lancé mis recriminaciones: “No vas a ningún lado, porque yo lo ordeno”. Ella contestó: “No tienes derecho a prohibirme nada, además, estoy a meses de cumplir los dieciocho años, sólo alargaras mi estadía aquí, tarde o temprano me iré”. Y tenía razón: no logré detenerla. En sus ojos contemplé su determinación. Nada la haría cambiar. No le encontré sentido a retenerla por unos meses. Nunca le había visto algo similar a María. Me refiero al carácter osado que mostró. Sin duda eso lo sacó de su madre. María se fue. Extrañé con mayor ímpetu a Rosalba.

3 de julio: La época de los fantasmas

Esta parte del diario debería llamarse “La época de los fantasmas”. Estoy solo en casa. Veo deambular todos los espíritus. Observo a Rosalba en su ir y venir de la cocina al comedor cuando preparaba la comida. Me centro en su sonrisa, en su etérea sonrisa. Veo a Juan de niño, con sus rodillas aterradas y sus cachetes rosados. Me pide dinero para ir a la tienda. Luego está María, mi frágil María, la pequeña, me abraza cuando llego de la oficina. Me ofrece

el periódico. Me lleva una taza de café. A Jaime lo atisbo en el momento de su partida, con la mochila al hombro y ese caminar lánguido, que no me atreví a truncar. ¿Imagino todo eso o en realidad lo veo? Busco tocarlos, pero no hay nada. Contemplo a los fantasmas. Pueblan toda la casa. Se mueven constantes como piezas de un ajedrez espectral.

4 de julio

No me acostumbro a vivir solo. Me siento inquieto. Extraño. Cuando llego a casa, los minutos transcurren más lento. Ahora es cuando más me arrepiento de no tener amigos. Podría pasar-me algunas noches visitándolos. La eterna inutilidad del arrepentimiento de lo hecho. Si volviera a vivir cambiaría tantas cosas, modificaría tanto que sería alguien completamente diferente. Es decir, sería yo, pero con una vida distinta. Creo que todos cambiaríamos algo de nosotros o de nuestras vidas. ¿Sería posible construirme una nueva vida? Mi sentir es momentáneo. Mañana debo ir a trabajar. Enfrentar las caras amargas de la oficina. Luego volver a casa y quizá escribir en el diario o dormir. Y el siguiente día será igual.

5 de julio

Al fin pedí mis vacaciones. Me resta terminar algunos pendientes y listo. La siguiente semana estaré en Puerto Vallarta. Siempre en contacto estrecho con el mar. Aprovecharé también para estar con mamá y con mi hermana. No mencioné a mi hermana en las anteriores páginas del diario y si lo hice no lo recuerdo. Nunca hemos sido muy allegados, además, tuvimos algunas fricciones. Espero con impaciencia la siguiente semana.

16 de julio

Al llegar a Vallarta, mamá me recibió con una esplendorosa cena: tostadas de ceviche, pescado empanizado, innumerables estilos de mariscos. Pero la cena sólo fue una chispa en el anodismo. Mamá pasó los demás días alejada, ermitaña. Al parecer, Marcela, mi hermana, ha revivido nuestras añejas disputas. No crucé palabra con ella más que la del saludo.

El mar fue un gran aliciente. Descubrí que quiero tenerlo cerca. Por las noches el aullido de las olas, aunque un tanto lejano, se escucha en mi cuarto. Ya escribí de lo hipnótico de esa experiencia, no se diga el verlo. Me es imposible describir el mar cuando lo veo. Es el cuadro más sublime. Carezco de armas para referir algo tan elevado. A pesar de las extrañas actitudes de mamá y Marcela, no me siento solo. El océano me otorga su compañía.

22 de julio

Probablemente esta sea la última vez que escriba en el diario. El trabajo aquí es agobiante. Escribo desde un barco mercante que va rumbo a varios destinos: Francia, Italia, Japón. Vi el anuncio: “Se solicitan ayudantes generales para barco mercante”. No titubeé en anotarme en la tripulación. Nada me motivaba para quedarme en tierra firme. Si hago bien mi labor, me reclutarán para el siguiente viaje. Insisto: mis ganas de quedarme se han borrado, uno a uno las personas significativas para mí me abandonaron, me dejaron en un episodio pasado, como ya dije más arriba del diario: se han transformado en fantasmas, o tal vez para ellos, el fantasma soy yo. También incluyo a mamá. De momento la desconozco. A final de cuentas toda decisión es un abandono y es mi momento de abandonar la tierra para adentrarme en las aguas.

Índice

Resonancias	5
La noche del cumpleaños cuarenta y cinco	6
El fantasma de los días doce	11
La inmortalidad de la memoria	17
La fiesta terminó	25
Los vericuetos necesarios para escribir	31
La mujer de jade	38
Abismos.....	49
Antes de que el recuerdo escape	50
Fue él.....	56
El odio mata al odio	61
Boxear la realidad	72
Sexo en una burbuja	76
Abdicaciones	81
El principio, el final	82
La hija de Crusoe	87
Sombra paternal	92
El Abandono	99

La mujer de Jade y otros cuentos
se terminó de imprimir en Infocolor Impresores

Se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro.

El tiraje fue de 500 ejemplares